CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

36



Las guerras de Palestina

David Solar

295 ptas

Historia 16



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis.
Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-370-1994

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

Las guerras de Palestina

David Solar



Isaac Rabin y Yasser Arafat se saludan en presencia de Clinton, 13 de septiembre de 1993

Arriba, el primer ministro israelí, Isaac Rabin, y el presidente de la OLP, Yasser Arafat, intercambian su primer apretón de manos en presencia del presidente de los Estados Unidos, Clinton, el 13 de septiembre de 1993. Abajo, palestinos de los territorios ocupados por Israel celebran el acuerdo de Washington



Las guerras de Palestina

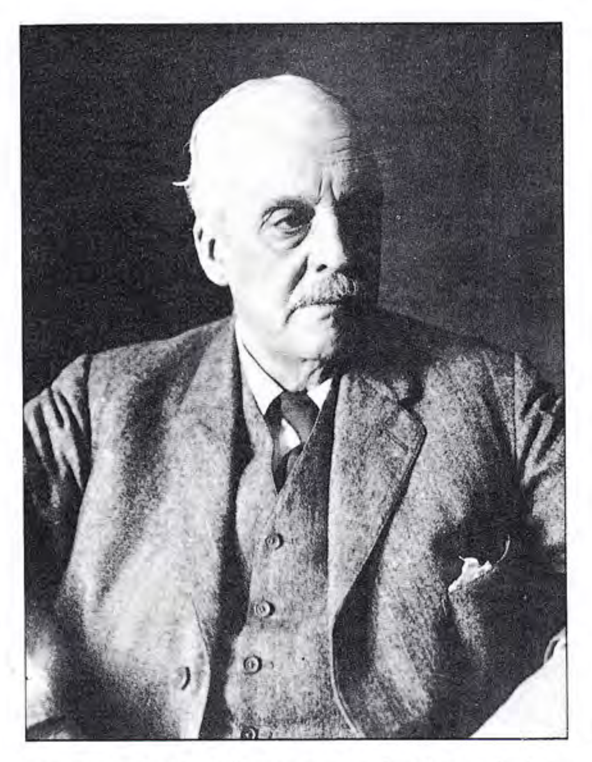
Por David Solar
Periodista

El acontecimiento marcaría un hito en la Casa Blanca. Los alrededores de la residencia presidencial de los Estados Unidos estaban sujetos a las más estrictas medidas de seguridad desde el día anterior, pero ya desde cuatro días antes habían sido intensos los preparativos para una de las ceremonias diplomáticas más importantes y espectaculares desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En la mañana del lunes 13 de septiembre de 1993 un interminable desfile de lujosos y solemnes automóviles con matrícula diplomática colapsó el tráfico en las proximidades de la sede presidencial; en ellos llegaron los 2.500 invitados que ocuparon las gradas de una tribuna levantada al efecto en los jardines de la Casa Blanca. Allí estaba todo el cuerpo diplomático; media docena de ex secretarios de Estado y tres ex presidentes de los Estados Unidos. Ante la grada se levantaba un mínimo estrado con un atril y un micrófono.

Cuando ya todos los invitados ocupaban sus asientos, a las 11 de la mañana hora local, se abrió una puerta de la Casa Blanca y por ella salieron al jardín el primer ministro israelí, Isaac Rabin; el presidente de la OLP, Yasser Arafat, y el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton. El presidente norteamericano oficiaba como anfitrión, pero los auténticos protagonistas del acontecimiento eran dos hombres nacidos en Palestina en los años veinte, Rabin y Arafat, representantes de dos pueblos, el judío y el palestino, que desde hace 70 años sostienen el conflicto más largo y enconado del siglo XX. Ambos, ante el micrófono instalado en los jardines de la Casa Blanca, resumieron esta historia.

De la dispersión al sionismo

La historia del pueblo judío está plagada de vicisitudes, desde la cautividad en Egipto al destierro de Babilonia, de la invasión de los macedonios a la dependencia de Siria y de Roma... Una y otra vez, los judíos fueron regidos por poderes extranjeros o expulsados de sus tierras y dispersados por el mundo. La represión más dura fue, sin duda, la romana: en el año 70 de nuestra era, Tito incendió Jerusalén, destruyó el Templo y deportó a más de 50.000 judíos. Todavía más terrible y definitiva fue la dispersión —diáspora— ordenada por Adriano que, tras reprimir la sublevación de Ben Koseba (132-135 d. C.), deportó a la mayoría de la población.





Izquierda, lord Balfour, ministro británico de Asuntos Exteriores, autor de la carta que constituyó una promesa para los emigrantes judíos a Palestina. Derecha, Theodor Herzl, fundador del movimiento sionista

Palestina quedó arruinada y semidesierta, tanto que en la época bizantina apenas si contaba con 50.000 habitantes y poco después, en el siglo VII, con las invasiones árabes, desapareció de sus tierras todo vestigio judío.

Los hebreos, dispersos por la geografía de lo que había sido el Imperio Romano, formaban células —juderías— muy cerradas sobre sí mismas, tanto por voluntad propia (religión, alimentación, costumbres, política matrimonial, esperanza en el retorno, etc.) como por la segregación de los ambientes cristianos (el estigma de la muerte de Cristo) o musulmanes. Ciudadanos de segunda clase casi siempre, se dedicaban al comercio, la banca, oficios artesanales, medicina, etc., alternando períodos de tolerancia con feroces represiones o expulsiones (de España, en 1492).

Hasta fines del siglo XIX, las comunidades judías se debatieron entre la idea del retorno y la vinculación a los países donde estaban establecidas y cada vez más integradas. Pero desde el Este de Europa, donde seguían produciéndose endémicas persecucio-

La Declaración Balfour

Estimado Lord Rothschild: tengo sumo placer en comunicarle, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones judeo-sionistas, declaración que ha sido sometida a la consideración del Gabinete y aprobada por el mismo.

El Gobierno de Su Majestad contempla con simpatía el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y pretende emplear sus mejores esfuerzos para facilitar el cumplimiento de este objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatuto político de que disfrutan los judíos en cualquier otro país.

Agradeceré que lleve usted esta declaración al conocimiento de la Federación Sionista. Suyo sinceramente Arthur James Balfour. (Londres, 2 de noviembre 1917.)

El Libro Blanco

Agobiado por las presiones árabes y por el clima de revuelta en su dominio de Palestina, el Gobierno británico trató de poner coto al crecimiento de la población judía en ese territorio.

El 7 de mayo de 1937 apareció el Libro Blanco, *que regulaba la emigración judía a Palestina hasta 1944 y la cancelaba después:* Tras la entrada en Palestina de 75.000 judíos durante los próximos cinco años, la inmigración judía debe cesar, a menos que los árabes lo consientan. El Alto Comisario ha sido encargado de prohibir y de reglamentar las transferencias de tierras. Se formará en el plazo de diez años un Gobierno permanente y representativo y los judíos estarán en el país en estado de permanente minoría.

La Agencia Judía emitió un informe contrario que decía en su punto 5: Es la hora más sombría de la historia judía cuando el Gobierno de Gran Bretaña propone privar a los judíos de su última esperanza y cerrar el camino de regreso a su tierra.

La manga ancha *de algunos funcionarios británicos, la presión internacional, la astucia de la Agencia Judía y otras organizaciones que introducían clandestinamente en Palestina nuevos inmigrantes, burlaron parcialmente las disposiciones del* Libro Blanco, *logrando introducir 78.000 judíos más de los previstos.*

nes —*progromi*—, llegaban con progresiva frecuencia ideas sobre la puesta en marcha del *retorno a Sión,* aunque éstas no cristalizaron, sin embargo, hasta que se impulsaron desde Europa occidental.

Teodoro Herzl, periodista austrohúngaro de origen judío, asistió como enviado especial al juicio del oficial francés Dreyfus, también de ascendencia hebrea, acusado de alta traición en 1894. Impresionado por los prejuicios antijudíos que aparecían en el proceso, Herzl escribió un libro, *Der Judenstaat —El Estado Judío—* en 1896, que dio origen al movimiento sionista *—retorno a Sión—* cuyo propósito era *crear en Palestina un hogar para el pueblo judío, garantizado por el Derecho Público.*

Imbuido por la ideología colonial imperante en aquel momento, el sionismo rechazó invitaciones para erigir ese *hogar* en Argentina, pues allí había un Estado organizado del que inevitablemente hubiera formado parte. Prefirió buscar dentro de los imperios coloniales un territorio que no ofreciera ese problema. Ante las dificultades político-económicas que ofrecían el retorno a Palestina, los sionistas contemplaron la posibilidad de otros destinos: Libia, Uganda, el Sinaí... Pero, finalmente, se impuso el criterio de que era Palestina y únicamente Palestina la meta del retorno.

El problema estaba en que Palestina formaba parte del Imperio Otomano, que allí habitaba más de medio millón de árabes y que las posibilidades económicas resultaban escasas y, por tanto, poco atractivas para los emigrantes judíos. Con todo, cuando Herzl murió en 1904, había ya en Palestina unos 70.000 judíos, que vivían tan pobremente como sus vecinos árabes. En 1914, el número de judíos se aproximaba a los 150.000, pero disminuyó durante la Primera Guerra Mundial, tanto porque aquella tierra fue teatro de operaciones militares, como por la dureza de la vida de aquellos pioneros.

Del hogar judío a la partición de Palestina

Durante la guerra se produjeron dos hechos trascendentales para el sionismo y para Palestina: el *Acuerdo Sykes-Picot,* que repartía el Próximo Oriente entre Gran Bretaña y Francia, quedando Palestina bajo dominio británico, y la *Declaración Balfour,* que prometía a Haim Weizmann, dirigente del movimiento sionista, un *hogar* en este territorio para el pueblo judío. Esa garantía, más la ayuda de la banca de los Rotschild, la Agencia Judía y el dinero de los judíos norteamericanos, impulsó la emigración hacia Palestina, a donde llegaron 358.910 inmigrantes entre 1919 y 1942.

Con dinero, técnica y organización, los recién llegados compraron tierras, crearon grandes explotaciones rentables y suscitaron una atmósfera de recelo y, finalmente, de hostilidad, que en los años treinta era ya de lucha abierta. Después de la Segunda

Guerra Mundial —el genocidio nazi multiplicó la desesperación judía por hallar refugio seguro y cubrió el mundo occidental con un velo de horror y culpabilidad— Londres no pudo contener el aluvión de nuevos inmigrantes hacia Palestina y, hacia 1947, vivían allí unos 600.000 judíos y poco más de un millón de árabes.

El terrorismo endémico dio paso a la abierta guerra civil, que los británicos no pudieron controlar. En la recién nacida ONU se recomendó la partición de Palestina como único remedio. Los judíos lo aceptaron como mal menor; los árabes se opusieron frontalmente. En 1947 se llegó a la partición: una locura que mezclaba los territorios de una y otra comunidad (Resolución 181). El 15 de mayo de 1948 Gran Bretaña dejaba Palestina, pero ya la víspera se proclamaba el Estado de Israel y se afilaban las armas para el inevitable conflicto, que estalló mientras embarcaban las fuerzas británicas.

Cinco ejércitos árabes penetraron en Palestina, pero sólo el jordano mostró organización y combatividad; los saudíes fueron rechazados casi sin lucha en el Neguev; libaneses y sirios retrocedieron rápidamente en el norte, aunque hostigaron durante meses a los judíos desde sus posiciones fronterizas; los egipcios, que llegaron en su avance muy cerca del Tel Aviv, fueron obligados a replegarse, perdiendo, incluso, territorio en el Sinaí (del que hubieron de salir los israelíes forzados por las presiones norteamericanas); los jordanos ganaron terreno en la ciudad vieja de Jerusalén y, aunque cedieron algún terreno en el sector central, se mantuvieron firmes en el saliente de Latrún. La guerra, con diversos *altos el fuego,* se prolongó hasta finales del otoño de 1948, resultando Israel indiscutible vencedor, ampliando su territorio en 5.728 kilómetros cuadrados a costa de los que la partición de la ONU había otorgado a los palestinos e imponiendo su dominio sobre 20.850 km^2.

Un reparto salomónico y disparatado

El pueblo palestino no había tenido hasta entonces una clara conciencia de identidad. El territorio denominado Palestina había estado bajo la dominación árabe o turca desde el nacimiento del Islam y, tras la derrota otomana en la Primera Guerra Mundial, quedó bajo el mandato británico. Allí la vida se desarrollaba según esquemas tradicionales, ostentando el poder el jefe del clan, la tribu o la aldea, que en lo político dependía de un gobernador británico, en lo religioso del Mufti de Jerusalén y en lo económico, en la mayoría de los casos, de un rico propietario que habitaba en Damasco o Beirut.



PLAN BRITANICO, 1938 (Comisión Woodhead)

PLAN DE

Con las sucesivas inmigraciones judías comenzó a surgir el fenómeno de un nacionalismo palestino, nacido más en las revueltas organizadas como rechazo contra los inmigrantes sionistas que de un sentimiento de conciencia nacional. El antisionismo suscitado entre la población palestina, que no alcanzaba el millón de personas en los años treinta, se originó en las lógicas fricciones de vecindad y, sobre todo, en la tremenda desigualdad de ambas comunidades.

Los palestinos, anclados en la tradición y







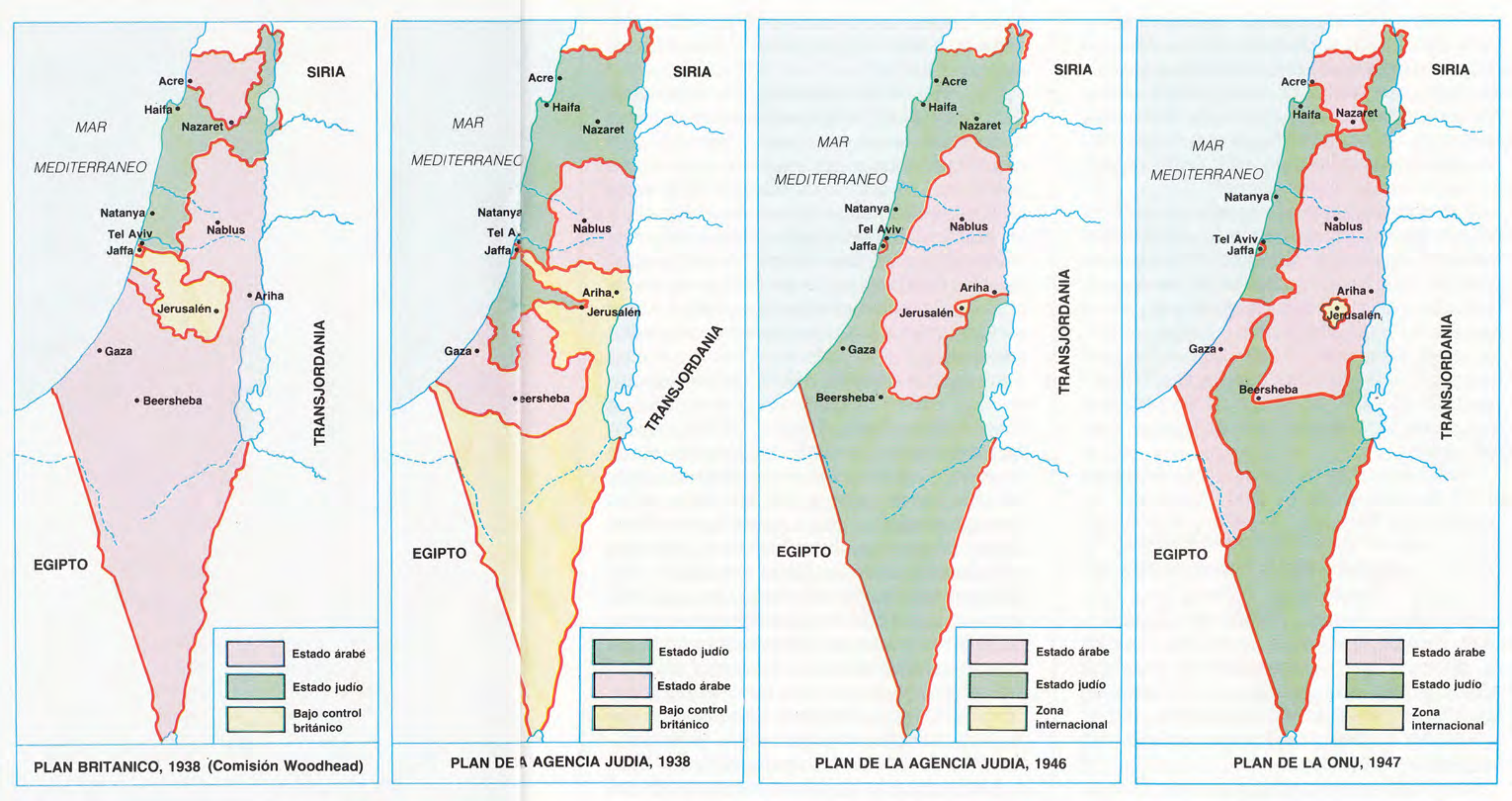
Cuatro de los planes de partición de Palestina que se elaboraron en los años 30-40. Obsérvense las diferencias en el reparto según quien hiciera los planes y cuando se hicieron. Los de la Agencia Judía denotan bien el momento: 1938, bajo la amenaza nazi; 1946, tras el holocausto. El plan de la ONU, 1947 fue el aprobado en 1948 y sólo existió sobre el papel, pues la guerra modificó esas fronteras desde el primer día en favor del Estado judío

con una economía de pura subsistencia, no podían entender, primero, la colectivización de la tierra y las costumbres sociales de los pioneros judíos; después —y esto fue lo más grave— se vieron desbordados por la productividad de las colonizaciones agrícolas judías, dotadas de maquinaria, modernos sistemas de cultivo, semillas selectas, etc. La ruina económica llegó a muchas de las ya depauperadas aldeas árabes de Palestina y numerosos terratenientes vendieron sus propiedades a la aldea judía, no sólo por los buenos precios que ésta ofrecía, sino también por no poder competir con los rendimientos agrícolas logrados por los sionistas.

De esta forma, el clima de violencia y enfrentamiento fue subiendo de tono hasta convertirse en una guerra abierta que impulsó a la ONU a tomar la determinación de dividir el territorio (cuya superficie total era de 26.323 km^2). El representante soviético en las Naciones Unidas, Andrei Gromiko, lo exponía así ante la Asamblea General el 26 de noviembre de 1947:

El estudio de la cuestión palestina, comprendida la experiencia del Comité Especial, ha probado que los hebreos y los árabes de Palestina no desean o no pueden vivir juntos. De ahí la deducción lógica: si estos dos pueblos moradores de Palestina —ambos con hondas raíces históricas en esta región— no pueden convivir en el marco de un Estado único, no queda más remedio que formar dos Estados: uno árabe y otro hebreo.

El mapa de la partición, sugerido por un reparto equitativo de las tierras y de las comunidades humanas, de modo que agrupa-


SIRIA
Acre
Haifa
Nazaret
MAR
MEDITERRANEO
Natanya
Tel Aviv
Jaffa
Nablus
Ariha
Jerusalén
Gaza
Beersheba
TRANSJORDANIA
EGIPTO
Estado árabe
Estado judío
Bajo control británico
PLAN BRITANICO, 1938 (Comisión Woodhead)
SIRIA
Acre
Haifa
Nazaret
MAR
MEDITERRANEO
Natanya
Tel A
Jaffa
Nablus
Ariha
Jerusalén
Gaza
eersheba
TRANSJORDANIA
EGIPTO
Estado judío
Estado árabe
Bajo control británico
PLAN DE A AGENCIA JUDIA, 1938
SIRIA
Acre
Haifa
Nazaret
MAR
MEDITERRANEO
Natanya
Tel Aviv
Jaffa
Nablus
Ariha
Jerusalén
Gaza
Beersheba
TRANSJORDANIA
EGIPTO
Estado árabe
Estado judío
Zona internacional
PLAN DE LA AGENCIA JUDIA, 1946
SIRIA
Acre
Haifa
Nazaret
MAR
MEDITERRANEO
Natanya
Tel Aviv
Jaffa
Nablus
Ariha
Jerusalén
Gaza
Beersheba
TRANSJORDANIA
EGIPTO
Estado árabe
Estado judío
Zona internacional
PLAN DE LA ONU, 1947

se al mayor número posible de árabes en su zona y de judíos en la suya, era un disparate casi inconcebible: el Estado árabe y el judío quedaban divididos, como puede observarse claramente en el mapa, en tres partes cada uno, unidos entre sí por corredores. Jerusalén resultaba también dividida y sujeta a una autoridad internacional.

Y si complejo era el reparto geográfico, no era menos problemática la distribución humana: en los 14.500 kilómetros cuadrados que recibían los judíos habitaba aproximadamente un millón de personas. Poco más de la mitad eran judíos y árabes; el resto: en la zona que se entregaba a los árabes, 11.823 kilómetros cuadrados, habitaban unas 600.000 personas, de las que poco más de medio millón eran árabes y casi cien mil, judíos.

Tras cuatro días de tormentosas sesiones, el 29 de noviembre de 1947 se acordó la partición de Palestina. Treinta y tres miembros —entre ellos Estados Unidos y la URSS— votaron a favor, trece lo hicieron en contra —Egipto, Siria, Líbano, Iraq, Arabia Saudita, Yemen, Afganistán, Pakistán, Irán, Turquía, India, Grecia y Cuba— y diez se abstuvieron —entre ellos la potencia mandataria, Gran Bretaña—. Cuando se anunció el resultado de la votación, todos los países árabes manifestaron que jamás aceptarían la partición.

La noticia conmocionó Palestina. Por un lado, los judíos la recibieron con mal disimulada alegría; por otro, los palestinos, con angustia, rabia o tristeza. Ambas comunidades comenzaron a prepararse aún más activamente para una guerra que veían inevitable. Al tiempo, se acentuaron los atentados terroristas por ambos bandos; desde Siria y Líbano se financiaban y organizaban partidas de fuerzas irregulares, que sembraron el pánico y la muerte entre los judíos, a lo que respondieron éstos, mucho mejor organizados, con represalias centuplicadas.

Los momentos cumbre de aquella barbarie son, sin duda, la voladura del hotel *King David*, de Jerusalén, por terroristas judíos del *Irgun*, el 22 de julio de 1946, en la que murieron 91 personas y 200 más fueron afectadas de diversa gravedad. El asalto de la población palestina de Deir Yessin, durante la noche del 9 de abril de 1948, por unidades del *Irgun*, dio el terrible saldo de 254 muertos, niños, mujeres y ancianos en su gran mayoría. Una partida de terroristas árabes asaltó un convoy sanitario judío cerca de Jerusalén, asesinando a 76 personas: enfermeras, médicos, camilleros y conductores...

Ese clima de terror, añadido a las amenazas concretas de las organizaciones sionistas más activas, como el *Irgun* o *Stern*, provocó un éxodo muy importante de población palestina. Los que se marcharon de la zona otorgada a los judíos hacia las entregadas a los árabes o hacia el exilio pertenecían, naturalmente, a las familias más ricas y cultas, aquellas que podían hacer las maletas e irse, o las que poseían grandes propiedades que aún pagaban a buen precio las organizaciones sionistas.

La documentación más reciente muestra que los árabes desplazados o arrojados de sus hogares entre 1947 y 1949 fueron aproximadamente medio millón. La mitad de ellos, debido al terror o a las amenazas judías; el resto, a causa de las recomendaciones o presiones de los países árabes. Esto último parece hoy increíble, pero entonces se hallaron razones políticas y militares. Políticas: se trataba de demostrar al mundo entero —y a la ONU en primer lugar— que la partición era un error. Militares: cuando los ejércitos árabes atacasen *lanzarían a los judíos al mar*, frase que hizo fortuna y que significaba lisa y llanamente que los soldados árabes tenían la orden de arrasar vidas y haciendas, de borrar todo vestigio de un Estado judío, para lo cual no debería haber población civil árabe por medio.

Los refugiados

Terminada la guerra de 1948, que dio la victoria al recién creado Estado judío, la situación de los árabes nacidos en Palestina —que el mundo conocería en adelante como palestinos— era dantesca. Los judíos no sólo se mantenían en la zona que les fue concedida, sino que la ampliaron. En todo ese territorio vivían dos años antes cerca de 670.000 palestinos y tras la guerra, en 1949, apenas 160.000. Esto es, la partición de Palestina y la consiguiente guerra habían causado más de 500.000 refugiados.

En resumidas cuentas, del millón largo que eran los palestinos a comienzos de 1947, dos años después la mitad estaba refugiada en su propio país o en los vecinos; la otra mitad vivía en Israel, Gaza o Cisjordania, gobernados por los judíos, los egip-

cios o los jordanos. Las tierras que les otorgara la ONU, en la partición de su propio territorio (11.383 km²) se habían evaporado: unas las ocupó Israel (5.728 km²), Egipto se quedó con Gaza (217 km²) y Jordania con Samaria y Judea, regiones que globalmente se denominarían, en adelante, Cisjordania (5.878 km²).

No cabía mayor atropello. Pero aquí conviene deslindar responsabilidades, que la propaganda habitualmente ha cargado sólo sobre los judíos. Al sionismo hay que atribuirle haber originado la mitad del éxodo palestino, haberse negado a readmitir a los exiliados y no haber cumplido las reiteradas peticiones de la ONU para que indemnizara a quienes no readmitiese.

Por su parte, los países árabes deben asumir su irresponsabilidad al haberse lanzado a aquella guerra, su culpa al haber provocado la mitad del éxodo palestino cuando incluso los judíos —por razones de imagen internacional— trataban de frenarlo, su ambición al haberse apropiado de las tierras palestinas y su ceguera al desear perpetuar el problema por todos los medios (el más conocido de ellos es no conceder la nacionalidad de los países respectivos a los palestinos, incluso a los que nazcan en su territorio, excepción hecha de Jordania).

De esta forma aquel problema, que en 1949 concernía a poco más de medio millón de personas, se había multiplicado por cinco en 1966 y por ocho en la actualidad, aunque la dispersión palestina es tal, cuarenta y seis años después de iniciada la tragedia, que resulta casi imposible establecer un censo fidedigno.

Pero recordemos a grandes rasgos el calvario del pueblo palestino en estos cuarenta y seis años de miseria, odio, muerte, marginación y lucha. El primer problema que hubieron de afrontar los refugiados fue el de buscar un lugar donde vivir. Quienes tenían familia en Judea o Samaria, regiones que quedaron en manos jordanas, o en Gaza, que pasó al control egipcio, buscaron cobijo a su lado; los restantes se albergaron en improvisados campamentos carentes de todo. Su miseria era tal que las Naciones Unidas fundaron la Organización para la Ayuda y Readaptación de los Refugiados Arabes —UNWRA—, destinada a garantizar la supervivencia de los campamentos palestinos, que poco a poco se fueron organizando, y dotándose de escuelas, hospitales, centros de gobierno...

Con el paso del tiempo se registró una mayor transigencia de los países árabes hacia los palestinos. Las nacionalizaciones siguieron siendo muy difíciles, pero muchos palestinos mejoraron sus condiciones de vida al encontrar trabajo en Jordania, Egipto, Siria, Irak y los emiratos del Golfo Pérsico.

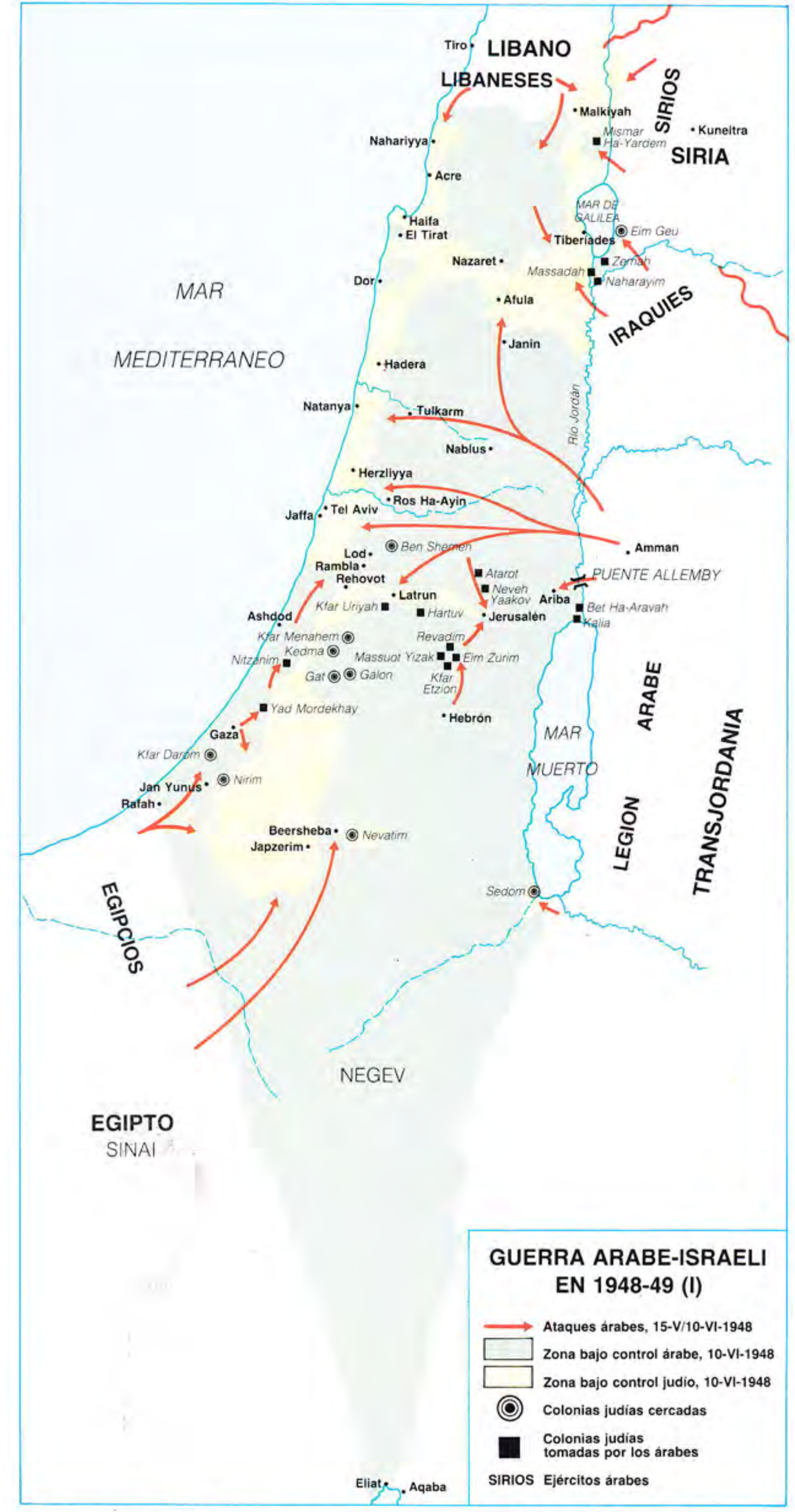
Sin embargo, estos movimientos de población, importantes en la década de los años sesenta y setenta, fueron muy limitados en los primeros momentos. Los palestinos, paralizados por el peso de su desgracia, apenas hacían otra cosa que esperar las acciones árabes. Así, hasta la guerra del Canal de Suez, en 1956, sólo se registra la creación de un grupo de resistencia bien organizado: *el Movimiento Nacionalista Arabe,* fundado por el doctor Georges Habache.

La guerra del Sinaí-Suez

Aunque de forma poco articulada o bajo encuadramiento de los países árabes limítrofes, los palestinos sí tomaron pronto las armas para defender sus intereses y desde 1948 a 1956 realizaron más de un millar de atentados que costaron la vida a no menos de 400 judíos y causaron cerca de 500 heridos. Israel, por su parte, respondió con durísimas represalias, que causaron gran mortandad y pérdidas materiales en las zonas fronterizas de Egipto, Jordania y Líbano. La región vivía en un clima de guerra.

Esta estallaría en toda su violencia el 29 de octubre de 1956. El detonante fue la nacionalización egipcia del Canal de Suez, bajo control anglo-francés, del que Nasser (ver cuaderno n.° 24, *El Egipto de Nasser,* por Gema Martín Muñoz) esperaba lograr los recursos para construir la gran presa de Assuan. La nacionalización del 25 de julio de 1956 perjudicaba los intereses de París y Londres, que aún disponían de doce años de plazo para terminar su contrato de explotación de la vía de agua. Pero, también, a Israel, cuyos buques se verían obligados a dar la vuelta a Africa, ya que era impensable el permiso egipcio para cruzar el Canal.

Así británicos, franceses e israelíes urdieron un plan intervencionista cuando las diversas mediaciones internacionales fracasaron en su intento de que Nasser diese mar-



cha atrás. Israel atacaría a Egipto y cuando sus tropas alcanzasen el Canal, se produciría el ultimátum anglofrancés, acompañado de un envío de unidades de intervención rápida que se adueñarían de las instalaciones del Canal, *para defenderlas de la guerra.* Israel atacó en la madrugada del 29 de octubre. En cuatro días los judíos alcanzaron la línea acordada, dieciséis kilómetros en paralelo al Canal; paracaidistas y tropas de desembarco francesas y británicas se adueñaron de toda la línea del Canal en tres días. El 6 de noviembre las operaciones militares habían terminado.

Fue aquella una semana de suma tensión, quizás la más comprometida de toda la Guerra Fría, pues este conflicto coincidió con la sublevación húngara y con la reelección presidencial de Eisenhower. Bajo las presiones de la URSS, de los EE.UU. y de la ONU, británicos y franceses se retiraron del Canal, siendo relevados por los Cascos Azules de las Naciones Unidas, creados al efecto. Israel conseguía garantías internacionales de paso por los estrechos de Tirán; vigilancia de los Cascos Azules de la frontera del Sinaí y de la Franja de Gaza, impidiendo la infiltración de guerrilleros palestinos: generosos suministros de armas británicas, entre ellas carros *Centurión,* espina dorsal de las fuerzas acorazadas israelíes en las guerras de 1967 y aún de la de 1973; sustanciosa ayuda económica de Estados Unidos; importantes suministros armamentísticos franceses, aviones *Mirage,* lanchas lanzamisiles y, sobre todo, ¡un reactor nuclear! que fue instalado en Dimona, desierto de Neguev, de cuya planta salieron las bombas nucleares israelíes, estimadas recientemente entre 200 y 300...

Pese a su derrota, Egipto no salió muy

mal parado de la guerra: se quedó con el control del Canal, por el que impedía el paso de los buques judíos; obtuvo cuanta ayuda soviética necesitó para construir la presa de Assuan y Nasser alcanzó la cima de su prestigio personal. Los palestinos, sin embargo, vieron, por vez primera, la situación con claridad: a) el mundo árabe estaba desunido y cada país cuidaba de sus intereses; b) los palestinos apenas contaban nada para nadie, salvo como reclamo propagandístico contra Israel; c) Israel se había convertido en una potencia militar, con grandes apoyos exteriores, que sería muy difícil de vencer en una guerra convencional; d) la cuestión palestina era cosa de los palestinos, que precisaban de organizaciones políticas y militares para convertirse en portavoces de su propio problema...

Así nació, en 1957, la primera gran organización palestina, *Al Fatah,* fundada por Yasser Arafat. En los años siguientes proliferaron los grupúsculos nacionalistas palestinos de diversas tendencias políticas y bajo diferentes patrocinios, y un hombre, siempre listo para capitalizarlo todo, Gamal Abdel Nasser, les reunió en una conferencia que tuvo lugar en Jerusalén. De ella, el 28 de mayo de 1964, salió la *Organización para la Liberación de Palestina, OLP,* que bajo la presidencia de Ahmed el Chukeiri sirvió lealmente a los intereses de su inspirador, el presidente egipcio Nasser.



Las organizaciones políticas nacidas en los campamentos de refugiados reclutaron sus propios ejércitos. Buscaron armamento en los países árabes o lo obtuvieron en los del bloque comunista. Adiestraron a sus hombres con las más sofisticadas y duras técnicas guerrilleras y comenzaron a inquie-

tar con sus atentados al Estado sionista... Su actuación era por vez primera muy profesional y al margen de las directrices de jordanos o egipcios...

Sus acciones, como el asalto de un kibbutz, una importante quema de cosechas y la destrucción de un tramo del acueducto nacional judío, fueron causas de cierto relieve en el estallido de la guerra árabe-israelí de 1967.

La Guerra de los Seis Días

Hubo, naturalmente, muchas otras causas: el permanente desafío tecnológico-armamentístico de Israel, su desarrollo económico y el galopante crecimiento de su población (próxima, en 1967, a los 2,5 millones de habitantes); la disputa del agua (Israel se apropiaba de una parte proporcional del Jordán mucho mayor de lo que le correspondía, según estimaban los árabes); la inestabilidad dentro del mundo árabe; las ansias de liderazgo supremo de Nasser, en continua disputa con los regímenes más conservadores de la península arábiga; la escalada armamentística en toda la región...

Resumiendo, tras un grave incidente aéreo (en el que resultaron derribados 11 cazabombarderos de Damasco por los interceptores de Tel Aviv) Siria y Egipto —vinculados por una alianza militar desde 1966— resolvieron declarar la guerra a Israel y convencieron a Hussein de Jordania para que se uniera a la alianza. En esta ocasión no ocurriría como en 1948 —pensaban los árabes—, pues contaban con una ventaja de 2 a 1 en aviones y medios blindados de comparable calidad a la que tenían los israelíes y de 3 a 1 en buques de guerra y en soldados adiestrados. El 18 de mayo Nasser pidió a la ONU que retirase los Cascos Azules de Gaza, del Sinaí y de los islotes de Tirán y Sanafir. Incomprensiblemente UThant —a la sazón secretario general— accedió a la demanda. El Cairo concentró 80.000 hombres en el Sinaí, armó a los palestinos de Gaza y ocupó los islotes, cerrando los estrechos de Tirán (22 de mayo) a los buques israelíes y a cuantos se dirigieran al puerto judío de Eilat.

Inútiles fueron los múltiples intentos internacionales de mediación. Egipto se negó a desbloquear Tirán e Israel dejó claro que iría a la guerra por abrir esa vía de comunicación y, mientras los árabes debatían sus tratados de defensa para formar un frente unido ante los judíos, preparó un ataque sorpresa que neutralizara la teórica ventaja numérica y estratégica de sus enemigos.

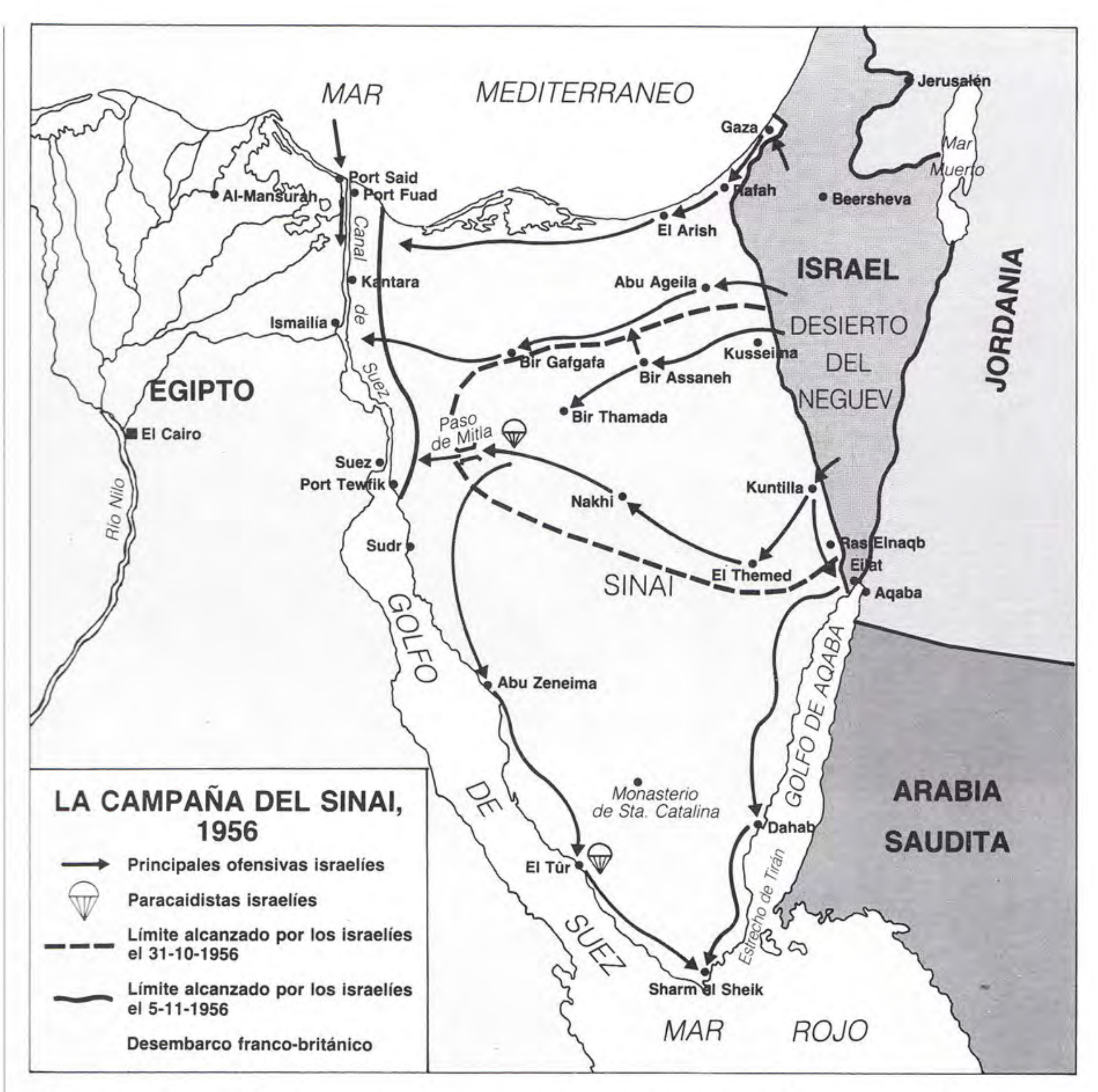
Al amanecer del 5 de junio, 300 aparatos israelíes despegaron hacia Egipto, alcanzando sus primeros objetivos, completamente desprevenidos a las 8.10 de la mañana. Dos horas después estaban repostando en sus bases, habiendo destruido dos tercios de la aviación egipcia y registrando apenas una docena de bajas. Inmediatamente salieron hacia Irak, Jordania y Siria, logrando nuevamente la sorpresa... Increíblemente, Egipto informó a sus aliados del comienzo del ataque con 40 minutos de retraso y les confundió, asegurándoles que había destruido el 75 por 100 de los aviones judíos...

La Guerra de los Seis Días duró, realmente, seis horas: al mediodía los árabes carecían de aviones para oponerse a los judíos y gran parte de las fuerzas egipcias del Sinaí se hallaba en retirada. A las 10 de la mañana del día 7, los judíos dominaban Jerusalén entera y el 8 cesaban de combatir los jordanos. En esta fecha, los judíos alcanzaban el Canal de Suez en toda su longitud y Nasser se adhería al alto el fuego propuesto por la ONU, cosa que no hizo Siria, que prosiguió la lucha hasta el día 10, cuando hasta Damasco comenzó a llegar nítidamente el estampido de los cañones...

La 242, una resolución polémica

Los árabes perdieron sus flamantes ejércitos y, lo que es más grave, padecieron 15.000 muertos, 50.000 heridos y 11.500 prisioneros, dejando en manos israelíes 45.000 kilómetros cuadrados de territorio (Sinaí, Gaza y Golán, más el sector árabe de Jerusalén) que, en parte, siguen bajo control judío.

La crisis internacional fue gravísima: La Unión Soviética manifestó a Washington que intervendría en el conflicto *si lo consideraba necesario*. Estados Unidos reaccionó enviando la VI Flota a la costa de Siria, mostrando que estaban dispuestos *a afrontar ese riesgo intervencionista soviético*. Esta postura norteamericana, más la acusación nunca probada de que los aviones judíos habían



sido apoyados por la tecnología norteamericana para ocultarse de los radares egipcios (Nasser llegó a acusar a Washington de haber mandado sus propios aviones a destruir la aviación egipcia), sirvieron para que varios países árabes rompiesen sus relaciones diplomáticas con Washington y se acercasen a Moscú, que logró una gran victoria diplomática a bajo precio.

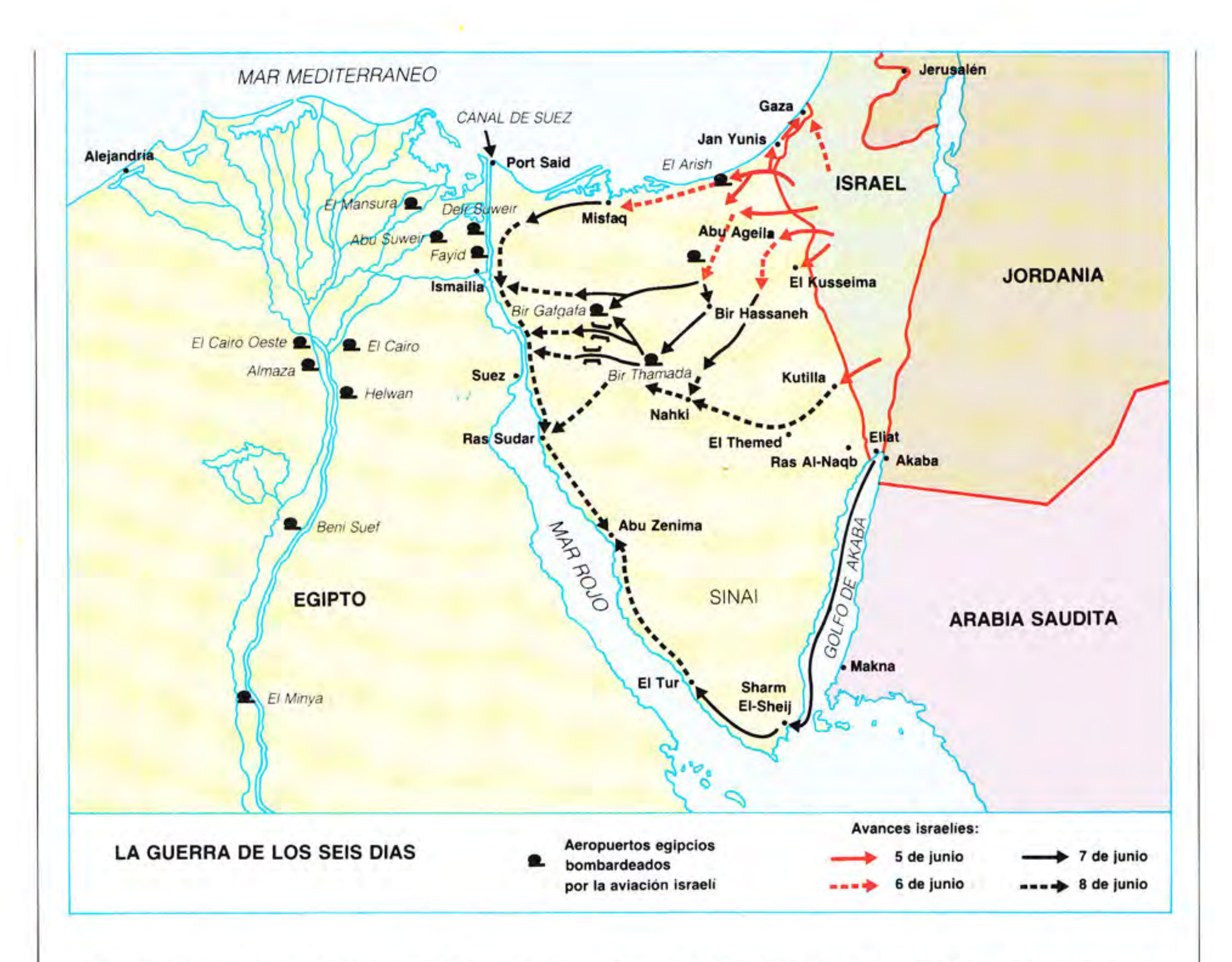
En las Naciones Unidas se debatió durante seis meses la situación creada por la guerra y el 22 de noviembre de 1967 se aprobó la *Resolución 242,* una de las más conocidas y polémicas del Consejo de Seguridad, caballo aún de batalla en el problema de Oriente Medio. Por un lado, ordenaba a Israel la evacuación de los territorios ocupados; por otro, declaraba el derecho de todos los Estados a fronteras seguras y reconocidas; ni los judíos se mostraban dispuestos a retirarse, ni los árabes a reconocer a Israel. Luego estaba el *detalle* de las versiones de la resolución: la inglesa dice que Israel deberá irse *de territorios ocupados;* la castellana y la francesa transcriben *de los territorios ocupados.* Los israelíes se aferran a la versión inglesa; los árabes exigen que se cumpla la segunda...

La hora palestina

En medio de todo esto se intensificaba la tragedia palestina. No sólo perdieron sus esperanzas, sino que su situación empeoró al quedar Gaza y Cisjordania en manos israelíes mientras la lucha lanzaba hacia el de-



El mapa de arriba refleja las operaciones militares israelíes en Cisjordania (días 5 a 7 de junio) y en el Golán (9 y 10 de junio). Esas conquistas territoriales aún perduran. El mapa de la página derecha esboza los movimientos judíos en el Sinaí, que ocuparon en cuatro días (5 a 8 de junio), a costa de los egipcios



LA GUERRA DE LOS SEIS DIAS

sierto transjordano a nuevos millares de refugiados...

Tras la apabullante victoria judía, la situación quedaba de esta manera: Israel unificaba bajo su dominio toda Palestina y tenía tres millones y medio de habitantes, de los cuales un millón eran palestinos. El resto del pueblo palestino se componía de un millón trescientas mil personas más, de los cuales unas 800.000 estaban en Jordania; 300.000 en Líbano, Siria e Irak; y las 200.000 restantes en los emiratos del Golfo, Egipto y países árabes del norte de África.

La postración palestina ante el desastre militar fue, sin embargo, muy inferior a la que sufrieron los países derrotados: ya no podían perder nada más. Los países árabes —acababa de demostrarse de nuevo y esta vez con mayor crudeza— nada podrían hacer por ellos. Así, a partir de la derrota de 1967, surgieron nuevas organizaciones políticas y armadas, se incrementó su adiestramiento, lograron más armas y ofertas de instrucción...

... Y poco a poco se colaron en las primeras páginas de los periódicos con una interminable lista de atentados, secuestros de aviones, asesinatos de súbditos israelíes en el extranjero... Sus partidas de guerrilleros atravesaban el Jordán por la noche, atacaban y se retiraban, manteniendo en continua inquietud a las fuerzas de policía y Ejército israelíes. O bombardeaban con sus morteros y cohetes los establecimientos agrícolas judíos desde la frontera libanesa... o grupos situados en el interior atentaban contra los transportes públicos, o ponían bombas en plazas y mercados...

La respuesta israelí contribuyó no poco al fortalecimiento de las guerrillas palestinas con sus brutales represalias. Millares de palestinos, habitantes de las zonas ocupadas por Israel, fueron encarcelados bajo la sospecha de terrorismo o, simplemente, por ser familiares o amigos de alguien identificado como terrorista. En los seis meses siguientes a la guerra de junio de 1967, las fuerzas de seguridad judías dinamitaron cerca de un millar de casas pertenecientes a guerrilleros palestinos o de personas relacionadas con ellos. Naturalmente, esta acción casi indiscriminada encendería aún más el odio de los

palestinos y su deseo de librarse de Israel mediante la fuerza.

Surgieron, también, varios elementos aglutinadores y fortalecedores de la acción palestina. Uno de ellos fue su politización a través del movimiento revolucionario, importado en general de los países del Este, donde muchos líderes habían recibido instrucción militar e ideológica. Otro fue el prestigio: los palestinos se estaban convirtiendo en los vengadores del mundo árabe, humillado hasta el infinito por las armas israelíes.

También fortaleció la causa palestina la designación de Yasser Arafat, el fundador de *Al Fatah*, como presidente de la *Organización para la Liberación de Palestina (OLP)*, que en adelante funcionaría con gran independencia respecto a los gobiernos árabes. Desde el 2 de febrero de 1969, en que fue elegido, Arafat se fue haciendo poco a poco con el control de los palestinos, empresa para la que contaba con el apoyo de la mayoría de los países árabes, que veían en él al líder nacionalista más moderado y, por tanto, ideológicamente, menos peligroso que el doctor Habache o Nayef Hawatmen, mucho más radicales.

Entre 1967 y 1970 la actividad terrorista de los palestinos fue constante. Se contaron por docenas sus acciones, que produjeron cerca de un millar de bajas entre los israelíes y muchas más entre los palestinos —a causa de las represalias judías—, pero la muerte no les desalentaba. Paseaban a sus muertos por los campamentos de refugiados y conseguían más y más seguidores.

Septiembre Negro

Fueron sus secuestros y atentados contra el tráfico aéreo lo que les hizo más conocidos y terriblemente famosos. Entre 1968 y 1983 realizaron más de 30 secuestros, consiguiendo en algunos casos fuertes concesiones por parte de los Gobiernos afectados y, siempre, una gran notoriedad. De esta manera lograron que su problema fuera conocido a escala mundial.

Precisamente su mayor éxito, el secuestro

La Resolución 242

El Consejo de Seguridad, expresando la inquietud que continúa causándole la grave situación existente en Oriente Medio.

Subrayando la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza y la necesidad de actuar en favor de una paz justa y duradera que permita vivir en seguridad a cada Estado de la región.

Subrayando, además, que todos los Estados miembros, al aceptar la Carta de las Naciones Unidas, se comprometieron a actuar conforme al artículo 2 de la Carta.

1. Afirma que el cumplimiento de los principios de la Carta exige la instauración de una paz justa y duradera en Oriente Medio, que deberá comprender la aplicación de los principios siguientes:

a) Retirada de las Fuerzas Armadas israelíes de los territorios ocupados durante el conflicto.

b) Cese de todas las afirmaciones de beligerancia y respeto y reconocimiento de la soberanía, de la integridad territorial y de la independencia de cada Estado de la región, y de su derecho a vivir en paz en el interior de fronteras seguras y reconocidas, al abrigo de amenazas o de actos de fuerza.

2. Afirma, además, la necesidad:

a) De garantizar la libertad de navegación en las vías de agua internacionales de la región.

b) De conseguir una solución justa al problema de los refugiados.

c) De garantizar la inviolabilidad territorial y la independencia política de cada Estado de la región por medidas que entrañen la organización de zonas desmilitarizadas.

3. Ruega al secretario general que designe a un representante especial para que se traslade a Oriente Medio, a fin de establecer y de mantener relaciones con los Estados interesados, en vistas a favorecer un acuerdo y secundar los esfuerzos tendentes a lograr una solución pacífica y conforme a las disposiciones y a los principios de la presente resolución.

4. Ruega al secretario general de las Naciones Unidas que presente lo más pronto posible al Consejo de Seguridad un informe sobre la actividad y los esfuerzos del representante especial.

de tres aviones el mismo día, 6 de septiembre de 1970, desembocaría en una de las mayores tragedias para el pueblo palestino: *Septiembre Negro.*

Ese 6 de septiembre los comandos del Frente Popular para la Liberación de Palestina, de Habache, intentaron el secuestro de cuatro aviones. Lo lograron en tres de los casos, fracasando en el cuarto, un avión israelí, porque un agente de seguridad mató a uno de los secuestradores y redujo al segundo, la famosa activista Leila Khaled. Los otros tres aviones volaron hacia Oriente Medio. Uno de ellos, un *jumbo,* fue conducido hasta el aeropuerto de El Cairo, donde lo dinamitaron tras desembarcar a los pasajeros. Los otros dos aparatos fueron llevados hasta un perdido aeropuerto jordano, Camp Dawson, construido durante la Segunda Guerra Mundial, donde el día 9 se les unió otro aparato más, secuestrado ese día.

Los palestinos retuvieron a los 1.062 pasajeros y destruyeron los 3 aviones en el que bautizaron como *Aeropuerto de la Revolución.* Aquello fue demasiado para Hussein de Jordania, en cuyo reino los palestinos venían enfrentándose con grupos militares beduinos desde mediados del mes anterior y campando por sus respetos. El monarca jordano manifestó el 10 de septiembre:

Mi Ejército se impacienta. No podrá seguir soportando durante mucho tiempo que se escarnezca continuamente la autoridad del Estado. El Frente Popular se ha pasado de la raya: no contento con establecer un aeropuerto pirata en mi territorio, confecciona sellos oficiales, proporciona visados, regula la circulación sobre las grandes carreteras, mantiene rehenes y emprende negociaciones con potencias extranjeras...

La respuesta palestina fue cerrar filas en torno al grupo de Habache, emitiendo este comunicado: *Toda tentación de atacar al Frente Popular se enfrentará con la respuesta unida de la Revolución palestina.*

El día 15 Hussein ya no lo dudó más. Nombró un primer ministro militar, general Mahali, que el día 16 lanzaba a sus soldados contra los palestinos. La lucha se prolongó hasta el día 24. En esas ocho jornadas, los tanques del Ejército pulverizaron con sus cañones y cadenas los campamentos palestinos de Ammán, Irbyd y Mafraq. Según datos de UNWRA, resultaron muertos unos 10.000 palestinos y heridos no menos de 15.000.

Fue un golpe terrible para los palestinos y no sólo por sus cuantiosas bajas. La Cumbre árabe, convocada en El Cairo por los países que lograron parar la masacre, fue dominada por los países moderados que desaprobaban los excesos cometidos por los palestinos en Jordania. De esta manera el rey Hussein pudo imponer este plan: salida de los guerrilleros de las ciudades y estacionamiento a lo largo del Jordán; desarme completo en los centros urbanos; Arafat sería, en adelante, el único representante legal reconocido de los palestinos.

Ese fue el final de las guerrillas palestinas en Jordania: junto al Jordán eran fácil presa para los comandos judíos; desarmados en las ciudades, estaban a merced de todas las arbitrariedades de la policía y el ejército jordanos, que se cobraron cumplidamente las humillaciones anteriores. Buena parte de los palestinos, sobre todo los grupos armados, emigraron poco a poco a Líbano, desde donde reanudaron las hostilidades contra Israel.

El refugio libanés

Los desastres en Jordania y la búsqueda de nuevas bases de operaciones silenciaron a los palestinos hasta finales de 1971, fecha en que comenzaron a dar signos de actividad. Pero su reaparición con resonancia mundial se produjo durante los Juegos Olímpicos de 1972, en Munich. Ocho guerrilleros palestinos asaltaron la residencia del equipo israelí y secuestraron a once atletas y entrenadores judíos. Tras un día entero de negociaciones se desencadenó la tragedia en el aeropuerto, donde los palestinos asesinaron a los rehenes antes de caer, cinco de ellos, bajo el fuego de la policía alemana y de rendirse los tres restantes.

Israel no dejó enfriar los cadáveres. Tres días después sus aviones reducían a cenizas un campo de refugiados en Líbano con el saldo de 65 muertos. Simultáneamente, estudiaba dos acciones de mayor relieve: una de comandos, de minuciosa preparación, que acabase con los principales líderes palestinos, y una negociación con la Falange Libanesa de Gemayel, a la que proporcionaría armas y dinero para que realizase en Líbano algo parecido a lo que en Jordania hiciera el ejército beduino de Hussein.

La primera de esas operaciones tuvo lugar el 10 de abril de 1973. Comandos ju-

díos transportados por mar alcanzaron Beirut, asaltaron varias casas y residencias de palestinos, asesinando a medio centenar de guerrilleros y a tres de sus líderes con ellos. Pero no por eso cesaron los palestinos en su lucha contra Israel y sus intereses, aunque pagasen un alto precio: durante 1973 el ejército judío bombardeó en ocho ocasiones los campamentos palestinos de Líbano...

La Guerra del Yom Kippur

En el otoño de ese 1973 se produjo en el Próximo Oriente un cataclismo de mayores dimensiones que los atentados palestinos: la Guerra del Yom-Kippur. En la mañana del 6 de octubre tropas anfibias egipcias cruzaron el Canal de Suez. Enormes cañones de agua practicaron brechas en los diques de arena erigidos como defensa por los israelíes junto al Canal. Israel reaccionó tarde y cuando sus aviones intervinieron para parar la avalancha, la formidable defensa antiaérea organizada por Egipto les rechazó con grandes pérdidas. Las primeras líneas defensivas judías fueron arrolladas en 36 horas. Simultáneamente, los sirios atacaron en el Golán, desbordando a los desprevenidos israelíes y amenazando Galilea.

Esta cuarta guerra árabe-israelí fue para Tel Aviv la más violenta de todas, la más costosa en hombres y medios y la única que no pudo decidir a su favor con cierta facilidad. En el frente norte, ante Siria, tras importantes retrocesos en los primeros días, Israel recuperó la iniciativa y llegó a mejorar sus posiciones iniciales. En el sur, ante Egipto, no pudo impedir la consolidación de las líneas árabes al este del Canal, aunque a su vez atravesó la vía de agua y rodeó al tercer Ejército egipcio, situado en el ala derecha del frente.

La guerra, aunque tácticamente la ganaron los judíos, estratégicamente fue una gran victoria árabe, sobre todo una gran victoria del sucesor de Nasser, Anuar el Sadat, que pudo abrir negociaciones de paz en un plano de igualdad y que cambió las tradicionales alianzas egipcias, alejándose de la Unión Soviética y acercándose a Estados Unidos.

Para los palestinos la guerra supuso una nueva desilusión: de nuevo se alejaba la esperanza del retorno a los hogares abandonados en 1948. Por lo demás no registraban cambios sustanciales. Desde Jordania era imposible operar contra Israel; desde Siria era muy difícil y sólo desde Líbano había posibilidades, volviéndose al *juego* de atentado palestino-represalia israelí. Políticamente, sin embargo, fueron los días dorados de la OLP, reconocida como representante única de los intereses palestinos por la ONU y la Liga Arabe en octubre de 1974. El 13 de noviembre de ese mismo año, Yasser Arafat habló ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En sus 40 minutos de discurso resumió Arafat cómo su pueblo había sido despojado de tierras, propiedades y nacionalidad, resultando arrojado a miserables campamentos de refugiados; y cómo aún allí fue perseguido por el Estado sionista cada vez que se rebelaba contra la injusticia que padecía. Reclamó su derecho a vivir en sus tierras y a ejercer sobre ellas una soberanía independiente. Terminó con esta frase:

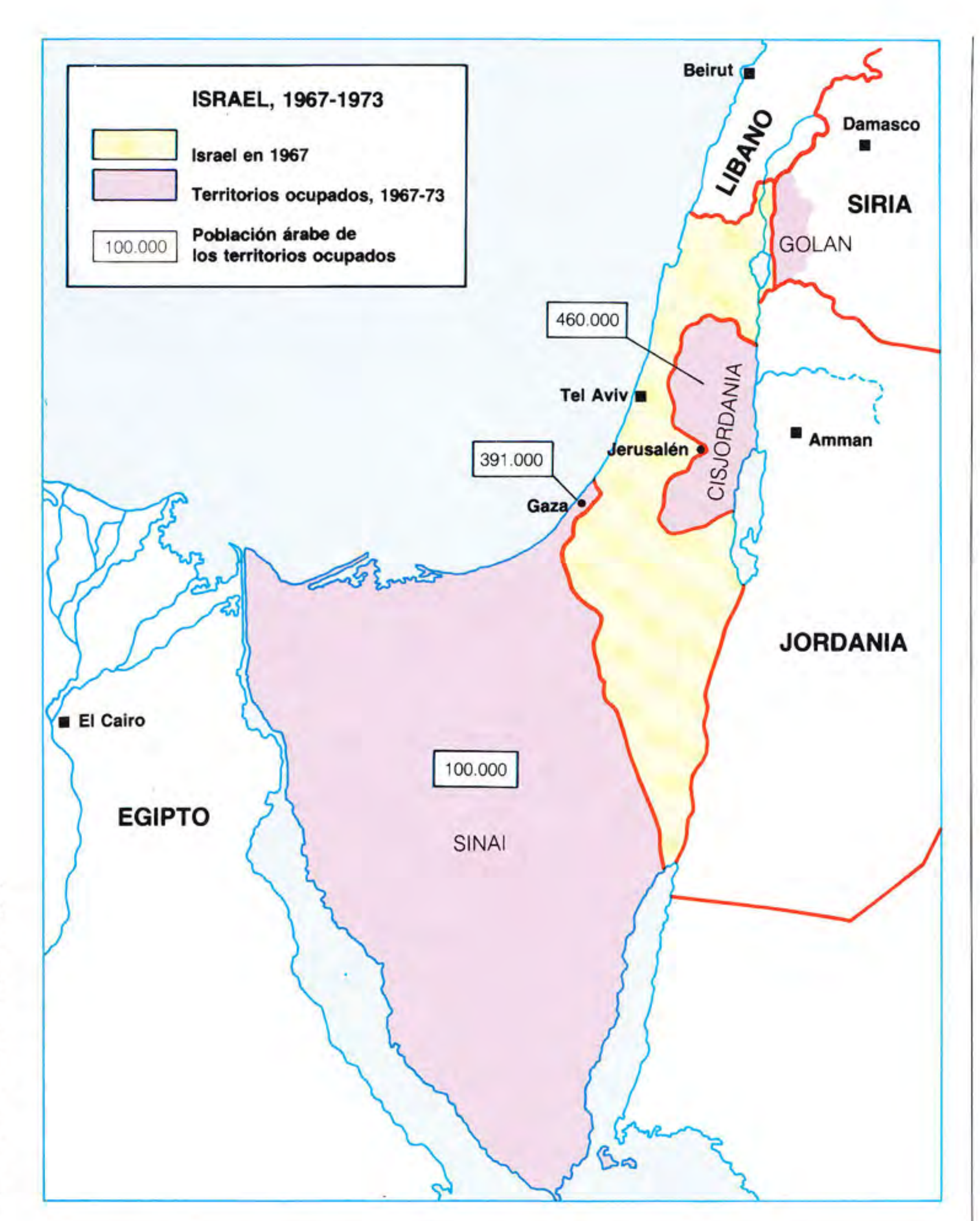
Hoy he traído una rama de olivo y un fusil de combatiente por la libertad. No permitan que la rama caiga de mi mano. Repito, no permitan que la rama de olivo caiga de mi mano...

Durante algún tiempo fueron noticias esperanzadoras las que recibieron los palestinos. Una vez más se les reconoció en la ONU el derecho a retornar a sus hogares, al tiempo que la OLP recibía el *status* de observador permanente. La UNESCO suspendió sus ayudas a Israel y la Comisión de Derechos Humanos condenó a Tel Aviv por su terrorismo de Estado...

La guerra del Líbano

Pero en este tiempo iba germinando, también, el plan israelí para arrojar a los palestinos de Líbano. En efecto, las negociaciones de los agentes sionistas y los falangistas libaneses se cerraron con un acuerdo: en cuanto se presentase la oportunidad, atacarían a los palestinos.

Y esto sucedió en 1975. Tras uno de los múltiples bombardeos de represalia por parte de la aviación judía se produjo un motín, en el que comenzó a gritarse *¡Palestinos fuera!* En Líbano estaba ocurriendo lo mismo que en Jordania unos años antes. Los palestinos, numerosos y bien armados, comenzaban a dominar la calle, las comunicaciones y las zonas más estratégicas del norte de



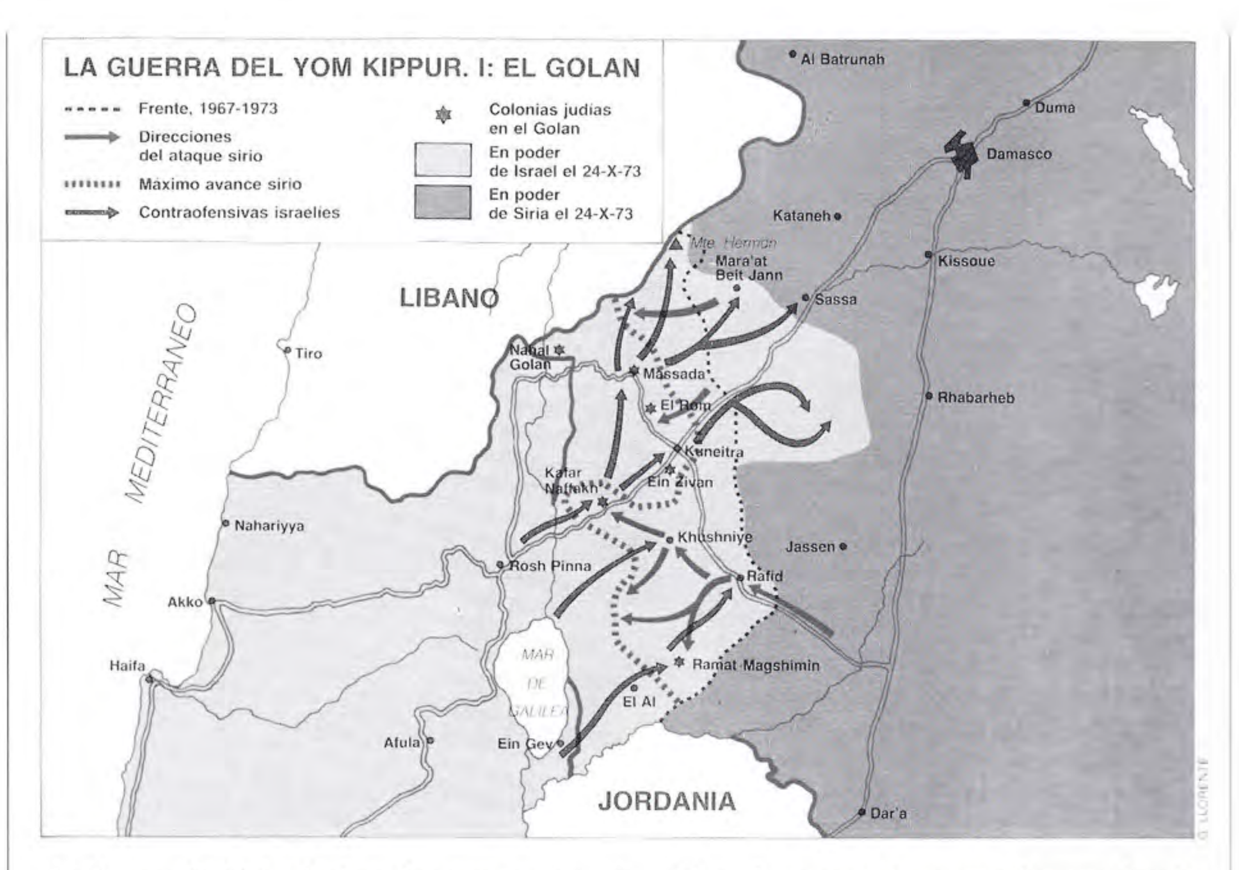
Israel entre las guerras de 1967 y 1973. Hoy la población árabe en Gaza y Cisjordania se ha duplicado. Tras los acuerdos de Camp David, Egipto recuperó el Sinaí

Líbano, suplantando en sus funciones a las autoridades libanesas.

La Falange Libanesa aprovechó la oportunidad y se inició la lucha, comenzando por el norte y extendiéndose al centro del país y a los barrios de la capital. En esta guerra, que con diversas alternativas, vicisitudes y treguas se prolongó hasta 1982, se produjo la desintegración de Líbano como país. Desapareció su Ejército, se destruyó su economía, resultó ocupado por fuerzas sirias que llegaron a Líbano como Ejército de Pacificación, murieron millares de personas y se desarrolló media docena de ejércitos milicianos, al servicio cada uno de ellos de un credo religioso, una tendencia política o un clan familiar.

La interminable guerra de Líbano fue para los palestinos mucho más grave que lo ocurrido en Jordania. No solamente resultó mucho más cara en vidas y sangre, sino que dividió a la OLP y redujo casi a la impotencia su lucha contra Israel.

Y mientras todos peleaban en la confusa y desesperante guerra de Líbano, la mediación de Estados Unidos conseguía que Egipto e Israel firmasen los acuerdos de Camp David, 1978, cuyos resultados más espectaculares eran el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países y la retirada israelí del Sinaí. Entre los acuerdos había una cláusula que contemplaba a los palestinos. En ella se convenía un arreglo tran-



sitorio para la Cisjordania y Gaza, negociable con Israel en el plazo de cinco años.

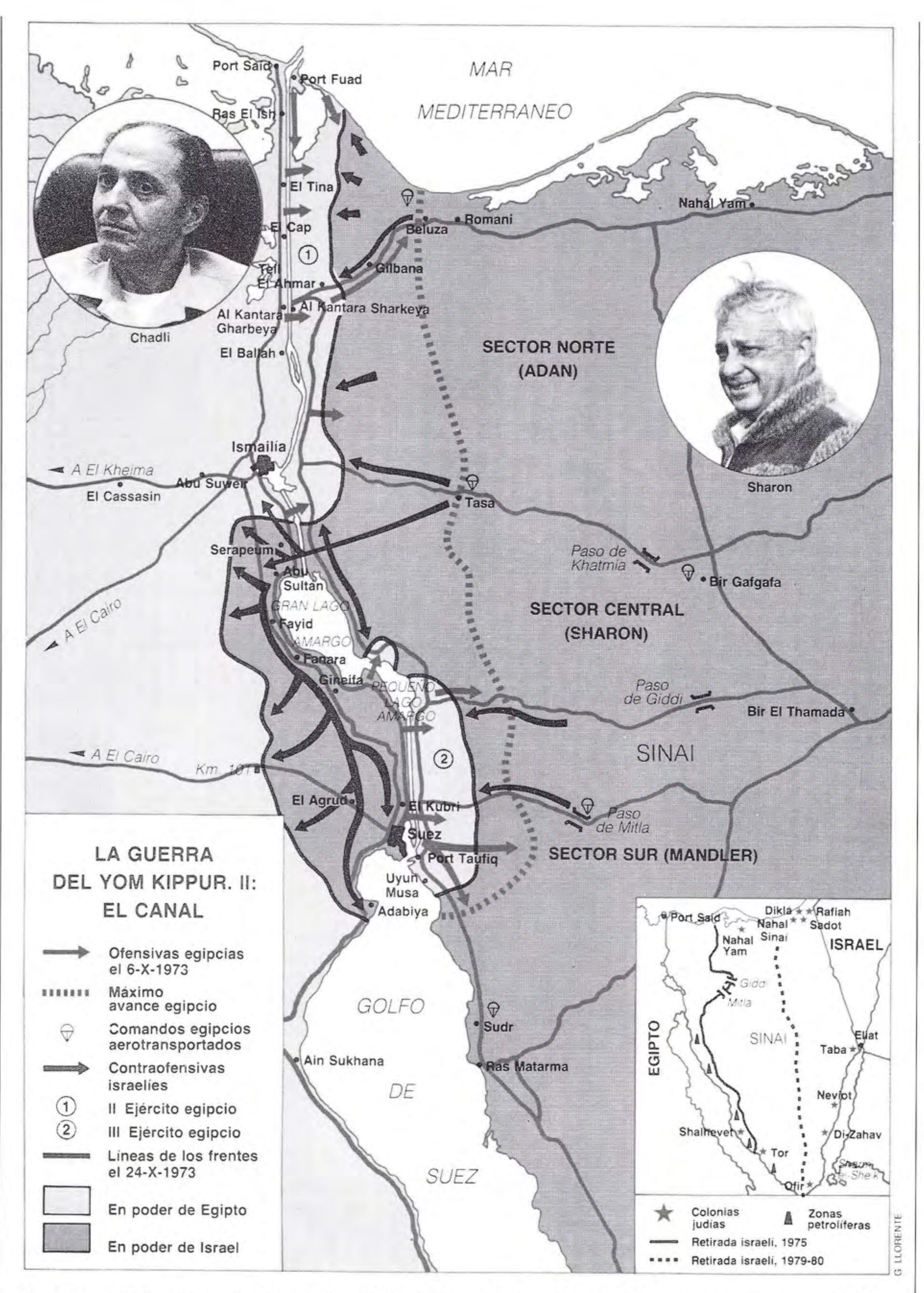
Al quedar Siria al margen de la negociación general y los palestinos pendientes de soluciones a largo plazo y sujetas al voluntarismo israelí, se formó en el mundo árabe el *Frente de Firmeza*, que aisló a Egipto e hizo aún más difícil cualquier progreso en las negociaciones para la creación de un Estado palestino.

Israel ataca a Líbano

Y la guerra seguía en Líbano, logrando los palestinos mejorar sus posiciones, arrinconando a los falangistas y disponiendo nuevamente de bases para atacar a Israel. Eso motivó que el Gobierno de Tel Aviv, tras una serie de atentados palestinos, decidiera liquidar directamente el problema. El 6 de junio de 1982 atacó a Líbano y sus tropas se hallaron rápidamente ante Beirut, donde los palestinos ofrecieron mayor resistencia. La mediación internacional logró, finalmente, la firma de un acuerdo por el que Israel permitiría la salida de los palestinos armados y cercados en Beirut hacia un país árabe, el 21 de agosto.

Bajo la ocupación israelí fue nombrado presidente del Líbano Bashir Gemayel, jefe de la Falange libanesa, que resultó muerto en un atentado terrorista el 13 de septiembre de 1982. Sus compañeros de armas, ante la cómplice indiferencia de las fuerzas israelíes de ocupación, penetraron en los campamentos de Sabra y Chatila y asesinaron a cuantas personas —mujeres, ancianos y niños en su mayor parte— hallaron a su paso. El saldo de víctimas inocentes e inermes fue de 328 muertos y 991 desaparecidos. El escándalo cobró proporciones mundiales y salpicó al Gobierno israelí, viéndose obligado a presentar la dimisión el ministro de Defensa, Ariel Sharon, y tambaleándose en su poder el primer ministro, Menahem Beguin.

Tres años tardó el ejército israelí en evacuar Líbano, en cerrar esa guerra de tan escaso brillo como elevado costo (oficialmente perdieron los judíos 654 vidas y 4.000 de sus hombres resultaron heridos; económicamente supuso una sangría muy superior a la Guerra del Yom Kippur). Israel, sin embargo, no se fue del todo: se reservó una franja a lo largo de su frontera con Líbano, con una longitud aproximada de 70 kilómetros y una profundidad que oscila entre 8 y 15 kilómetros.



La guerra del Yom Kippur fue la más dura de las de la región: Israel tuvo 5.000 muertos; los árabes, 45.000. Los judíos perdieron 120 aviones y 600 blindados y piezas de artillería; los árabes, 430 y 1.500. La resolución 338 puso fin a esta guerra, ordenando a los contendientes la aplicación de la resolución 242

Pero no terminaron entonces las desdichas palestinas en Líbano. Como consecuencia de las disidencias internas que produjo la nueva derrota ante Israel y la solución dada al asedio de Beirut, se encendió al año siguiente la guerra civil palestina en el norte de Líbano, protagonizada por las facciones de la OLP que seguían a Yasser Arafat y las facciones más radicales (FPLP, FPDLP, etc.), generalmente financiadas y controladas por Siria.

Tras violentísimos combates, durante todo el otoño de 1983, los seguidores de Arafat debieron acogerse a la mediación internacional para salvar la vida en una nueva evacuación naval camino de otro exilio.

Pero hallar ese nuevo lugar de asentamiento les resultaba cada día más difícil a los palestinos porque el largo brazo de Israel les alcanzaba en sus represalias allí donde se refugiasen, como les ocurrió, en 1985, en Túnez, donde su sede fue pulverizada por los aviones judíos, que cruzaron medio Mediterráneo para vengar el asesinato de tres conciudadanos, muertos en Chipre mientras hacían turismo. Túnez, evidentemente, elevó sus protestas contra Israel, pero discretamente pidieron a los palestinos que eligiesen otra base para sus correrías.

También en 1985 resurgió la guerra en los campos de refugiados de Líbano. En ese año se suponía que había en este país unos 35.000 palestinos, rearmados nuevamente y dispuestos a combatir. Esta vez sus enemigos serían los milicianos chiítas de la organización Amal, manejados por los intereses sirios.

La intifada

Tantos reveses acumulados parecían haber acabado con la OLP y con su líder, Yasser Arafat, a la altura de 1986. La resistencia palestina parecía abocada a atentados de gran violencia, pero cada vez más espaciados y organizados por nuevos grupos manejados por Siria e Irak, es decir, intereses no genuinamente palestinos. En ese momento entró en acción el grupo más cohesionado y numeroso —y hasta entonces el más callado— de los palestinos: los habitantes de los territorios ocupados: Gaza, Cisjordania y Jerusalén, cuyos habitantes ascenderían a cerca de 750.000, 700.000 y 125.000, respectivamente. Una encuesta decía que el 90 por 100 de ellos apoyaban a la OLP, un 71 por 100 era partidario de Yasser Arafat y la gran mayoría estaba de acuerdo con la lucha terrorista contra los intereses de Israel.

En 1988 se iniciaba la *intifada,* el levantamiento de los palestinos de los territorios ocupados. Una sublevación sostenida por los niños palestinos, armados con piedras, contra uno de los mejores ejércitos del mundo. Israel, carente de fuerzas antidisturbios que pudieran controlar los tumultos callejeros de la *intifada,* recurrió a las represalias militares.

Las patéticas escenas de los niños enfrentándose a los soldados dieron la vuelta al mundo, resucitando a la OLP. Eso permitió al Consejo Nacional Palestino, reunido en Argel, proclamar el Estado palestino a la 1.35 horas del 15 de noviembre de 1988. Yasser Arafat, en su discurso fundacional, enunció tres puntos que rompían con la trayectoria anterior:

— Aceptación de la resolución 242 de la ONU en todas sus cláusulas.

— Formación de un Gobierno en el exilio, con la voluntad de integrar a todos los palestinos dispersos por el mundo.

— Las fronteras se trazarían en una negociación con Israel.

Naturalmente, Tel Aviv se negó a negociar con la OLP y el acuerdo de Argel hubiera languidecido hasta el olvido si, desde los territorios ocupados, la *intifada* no hubiera aporreado la conciencia mundial con el testimonio de su sangre.

Arafat apuesta y pierde en el Golfo

Mediando el verano de 1990, la situación israelí era sumamente delicada: Europa y Estados Unidos se distanciaban del régimen de Tel Aviv, presidido por el conservador Isaac Shamir. La prensa mundial aireaba diariamente el rosario de víctimas de la *intifada,* cerca de 800 muertos ya a finales de julio, miles de heridos, incontables apaleados, maltratados, detenidos... La URSS amenazaba con paralizar la emigración de los judíos soviéticos hacia Israel si continuaban los asentamientos en la Cisjordania. No se detuvo la emigración. Se calcula que son ya más de medio millón los ciudadanos soviéticos de origen judío que en los últimos

cinco años han llegado a Israel. Muchos de ellos han sido asentados en las tierras ocupadas de Cisjordania, tras habérselas expropiado a los palestinos. Gravísimo problema este de los asentamientos: hoy existen 169 en los territorios ocupados: 143 en Cisjordania; 11 en Gaza y 15 en el Golán.

El 2 de agosto, sin embargo, cambió el panorama: Iraq invadió Kuwait y Yasser Arafat apoyó a Saddam Hussein. La OLP trató de desacreditar a los invadidos y los palestinos establecidos en Jordania se pusieron prácticamente en pie de guerra, apoyando el atropello del dictador iraquí.

Esta posición palestina se basaba en la esperanza de que Iraq, en un futuro próximo, podría vencer militarmente a Israel, dado que el Gobierno judío no ofrecía signo alguno de resolver el problema de forma negociada. Por tanto, la ocupación de Kuwait reforzaba aquella expectativa, pues entregaría a Saddam Hussein el control mundial del mercado petrolífero y unos recursos financieros enormes que permitirían sostener la carrera armamentística de Bagdad. Añádase a eso que muchos millares de palestinos trabajaban en Iraq y las muy escasas simpatías que despertaba el régimen kuwaití, cicatero siempre con los inmigrantes palestinos.

La figura de Arafat y la validez política de la OLP perdieron crédito ante quienes habían condenado la invasión de Kuwait. Israel, sin embargo, ganaba a corto plazo una notable batalla al soportar los efectos de los cohetes *Scud* lanzados por los iraquíes. Pero esta victoria sería coyuntural: el mundo que había condenado la invasión de Kuwait y que había apoyado o colaborado en la destrucción de Irak no podía permanecer impasible ante el incumplimiento israelí de las resoluciones de las Naciones Unidas 242 y 338. Por tanto, se intensificaron las demandas para que Tel Aviv se sentara a negociar.

Washington, que se había autoapropiado del puesto de policía mundial, encabezaba las presiones. El secretario de Estado, James Baker, efectuó ocho viajes a Oriente Medio a lo largo de 1991 para convencer a todos los interlocutores de que se reunieran en una conferencia de paz... Los únicos no invitados eran los políticos de la OLP y esto tanto por la cerrada oposición israelí a negociar con Arafat y su gente como por el recelo europeo y norteamericano ante el papel desempeñado por ellos durante la Guerra del Golfo. Prefirieron acudir a las figuras palestinas que se destacaban dentro de los territorios ocupados: Faisal Husseini, Zakaria al Agha, Hanan Asrawi o Hanna Siniora.

Madrid, los días de la esperanza

Las posiciones en Oriente Medio se polarizaron a lo largo de 1991 entre las propuestas árabes: *paz por territorios,* esto es, el cumplimiento de las resoluciones 242 y 338 de la ONU, y las israelíes: *paz por paz* y negociaciones bilaterales con cada uno de los

Camp David

Continuando las negociaciones de separación de fuerzas en el Sinaí, iniciadas tras la guerra del Yom Kippur, bajo la tenaz mediación del secretario del Estado norteamericano, H. Kissinger, primero, y la de C. Vance, después, Tel Aviv y El Cairo dieron un paso espectacular en 1987: Menahem Beguin, recién llegado al poder con el partido Likud, invitaba al presidente egipcio, Annuar el Sadat, a visitar Tel Aviv. El 19 de noviembre Sadat habló ante el Parlamento judío. Aquel paso franco hacia la paz sólo fue aprobado entre los árabes por Marrruecos, Jordania, Sudán y Omán: diez meses después, tras arduas negociaciones patrocinadas por el presidente Carter, Beguín y Sadat firmaron los acuerdos de Camp David (18/9/1978), por los que Israel evacuaba totalmente el Sinaí, abandonando sus asentamientos agrícolas, y ambos países establecían relaciones diplomáticas y Egipto garantizaba a Israel la libertad de paso por el Canal de Suez y los estrechos de Tirán. Los acuerdos de Camp David no olvidaban a los palestinos, aunque esta parte del acuerdo fuera —como el tiempo se encargaría de demostrar— papel mojado: derecho en número ilimitado al retorno a Palestina, y autonomía para los territorios ocupados, en una primera fase hacia la autodeterminación.

implicados. Para los territorios ocupados: una autonomía transitoria, seguida por una solución permanente de autogobierno en la que Israel ostentaría la defensa y la representación exterior.

Posiciones tan enquistadas y distantes no conducían hacia la conferencia de paz que el presidente Bush consideraba imprescindible para levantar su caído prestigio ante el electorado norteamericano (debe recordarse que 1992 era año electoral en Estados Unidos), por tanto éste acentuó la presión sobre Israel, condicionando su ayuda a las concesiones de Shamir. Para tranquilizar a los palestinos, el secretario de Estado, Baker, les prometió su independencia en dos etapas: primero autonomía, luego autodeterminación.

En este clima se convocó la Conferencia de Paz para Oriente Medio en Madrid, 30 de octubre de 1991, acontecimiento de relieve mundial porque, por vez primera, después de casi medio siglo de guerras, los israelíes se sentaban a negociar a la misma mesa que los palestinos y que sus vecinos árabes. Y, también, suceso de enorme significado porque patrocinaban la conferencia Estados Unidos y la URSS, cuyos presidentes asistieron a la inauguración y cuyos ministros de Exteriores actuaron como moderadores a lo largo de los tres días de sesiones; también tuvieron papel destacado la CEE, como invitada, y España como anfitriona. La política internacional mostraba una nueva cara, impensable sólo un par de años antes.

Las intervenciones de los ponentes no ofrecieron grandes novedades. Los patrocinadores e invitados hicieron una llamada a la buena voluntad y a la flexibilidad de los negociadores. Los delegados árabes (ministros de Asuntos Exteriores de Siria, Egipto, Jordania y Líbano y el médico palestino de Gaza, Abdul Shafi, comisionado por los territorios ocupados, excluido Jerusalén, pues Israel la considera su capital *eterna* y no territorio ocupado) y el israelí, el propio primer ministro, Isaac Shamir, no aportaron ningún tipo de solución en sus intervenciones, preparadas de antemano y dedicadas a la prensa internacional y a la de sus propios países: *paz por territorios,* los árabes; *paz por paz,* los israelíes. El tono fue firme, duro en algún momento, pero dentro de una atmósfera que permitió la convocatoria de la segunda fase de la conferencia. En lo concreto cabría destacar:

a) Los judíos reiteran que Jerusalén es su capital irrenunciable; los palestinos también.

b) Israel no tiene apetencias territoriales en Líbano, estando dispuesto a devolver la franja actualmente ocupada cuando lo pidan los libaneses... Quizá dejaban entrever que se lo devolverían a los libaneses y no a los sirios, que hoy manejan ese Líbano pacificado por las armas de Damasco y ocupado por sus soldados.

c) Los palestinos de los territorios ocupados no excluyen de la negociación a los demás palestinos —en clara alusión a la OLP—. Hablan en nombre de todos los palestinos y demandan los territorios tomados por Israel en 1967 (resolución 242).

d) Los palestinos quieren la paz, están cansados de guerra y muerte, desean negociar ya.

e) Los jordanos ofrecen a los palestinos la federación.

f) Los sirios quieren la devolución de sus tierras, pero su ministro de Asuntos Exteriores, Al Shara, que fue quien empleó un tono más duro, trató de arrogarse una especie de encabezamiento de los postulados árabes, que sólo le funcionó respecto a los libaneses.

La conferencia terminó en la mañana del 1 de noviembre, pero las delegaciones aún permanecieron en Madrid 48 horas más, sosteniendo encuentros bilaterales en busca de un lugar y una fecha para seguir negociando. No hubo acuerdo, pues Israel presionaba para que continuara en los diversos escenarios interesados de Oriente Medio, buscando arreglos bilaterales sin mediación internacional ni apremios temporales. Contrariamente, los árabes preferían Madrid o Washington, plazos concretos y una negociación rápida.

Nada hubiera movido a Israel de sus posiciones, pero el presidente Bush empleó todo su poder *persuasivo* para que la negociación avanzara. El primer ministro israelí, Shamir, estuvo en Estados Unidos buscando los 10.000 millones de dólares que necesitaba perentoriamente para asentar en Palestina a un millón de judíos, procedentes de la URSS, en los dos años siguientes... El presidente de Estados Unidos no concedió el préstamo, pero convocó a todas las delegaciones para el 4 de diciembre de 1992 en Washington.

Los israelíes se quejaban amargamente de las presiones norteamericanas; les resultaba ya evidente que habían llegado a su final las sustanciosas ayudas recibidas de Estados

Unidos durante casi cuarenta años (entre 1985 y 1992 ascendió, sin contar el capítulo militar, a 8.400 millones de dólares).

La negociación se arrastraba lentamente, empujada por Estados Unidos. Nada de lo mucho que estaba por arreglar quedaba resuelto, pero por vez primera en casi medio siglo los protagonistas del drama trasladaban sus diferencias del campo de batalla a la mesa de negociaciones.

Mano a mano en Oslo

Veinte meses más habrían de transcurrir para que se percibiera un cambio palpable. Pero en esos meses se habían producido numerosos cambios en el mundo, con profundas repercusiones para el problema de Oriente Medio. La primera era el relevo en la Casa Blanca: Bill Clinton sucedía a George Bush como presidente de Estados Unidos. Aún era más importante que en las elecciones israelíes ganasen, aunque por escaso margen, los laboristas, que llevaron a la jefatura de Gobierno a Isaac Rabin, relegando a la oposición al ultraderechista Shamir. En los territorios ocupados se registraban, también, novedades en las relaciones entre israelíes y palestinos: por un lado, cierta tolerancia hacia la OLP y, por otro, una absoluta intransigencia hacia los movimientos integristas especialmente implantados en la franja de Gaza —Yihad Islámica y Hamas—, 415 de cuyos miembros fueron capturados por la policía judía y expulsados al sur de Líbano. Como este país no les aceptase, debieron permanecer en tierra de nadie, soportando el helado invierno de 1992/93 y el abrasador verano siguiente en un campamento improvisado, de donde se les permitió regresar en el otoño de 1993, para ir a parar a las cárceles de Israel. Por lo demás, todo seguía igual. En Nueva York se iban realizando con desesperante esterilidad nuevas sesiones de las conferencias de paz, que en el verano de 1993 alcanzaba ya su número 11. La *intifada* mantenía su actividad y cosechaba más muertos, unos 1.300; más heridos, cerca de 5.000 de cierta consideración, y los palestinos llenaban las cárceles de Israel, alcanzando la cifra de 18.000 según la OLP y de 13.000 según el Gobierno de Tel Aviv.

Sin embargo, había un nuevo clima, una sensación de que algo podía cambiar. En Túnez, donde tiene su sede la OLP, se producían fuertes discusiones internas que ponían en tela de juicio la gestión del histórico dirigente Yasser Arafat. Por un lado, la organización estaba en bancarrota y los rivales del mítico presidente hablaban de malversación de fondos; aún era más grave la abierta disensión entre los dirigentes palestinos del interior, con Feisal al-Husseini a la cabeza, que habían participado en las conversaciones de paz de Washington, porque se sentían desautorizados por la presidencia de la OLP.

¿Por qué se sentían desautorizados?, se preguntaba a finales de agosto la prensa mundial. Sencillamente, porque a lo largo de las interminables jornadas de las once sesiones de negociación habían sostenido las premisas enunciadas en Madrid: autonomía, aunque fuera limitada, para toda Cisjordania y Gaza; libertad para todos los palestinos encarcelados en Israel; control de las fronteras conjuntamente con Israel; policía palestina; progresiva supresión de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, etc. Y, a finales de agosto, esa delegación era sorprendida por los rumores que llegaban de Oslo, según los cuales altos dirigentes israelíes y de la OLP habían negociado una autonomía parcial para Gaza y Jericó. ¿Era posible que, después de casi dos años de inflexible negociación de los puntos de partida, la dirección de la OLP hubiese hecho concesiones sobre el 95 por 100 del territorio de Palestina?

Los rumores se confirmaron. Bajo los buenos auspicios del ministro de Asuntos Exteriores noruego, en negociaciones secretas y directas entre el Gobierno israelí y la OLP, judíos y palestinos acordaron una autonomía gradual, comenzando por la franja de Gaza y la ciudad de Jericó. Era poco, apenas 300 kilómetros cuadrados, pero era algo: el embrión del Estado palestino.

El día de Washington

El día 13 de septiembre de 1993 palestinos e israelíes, que el día 9 de septiembre se reconocían mutuamente después de haberse combatido durante 45 años, acudían a Washington, dispuestos a firmar lo acordado en Oslo. En la solemne ceremonia estuvieron, junto a todo el cuerpo diplomático acreditado en la capital de Estados Unidos,



Conferencia de paz en Madrid. Los patrocinadores de la reunión, Gorbachov y Bush, con el jefe del gobierno español, Felipe González, descendiendo la escalinata del Palacio Real de Madrid, seguidos de los embajadores y representantes de los países árabes e Israel, que acudieron a la prometedora convocatoria

los ex presidentes Ford, Carter y Bush —impulsores de la paz en Oriente Próximo— y allí, radiante, se encontraba el presidente Clinton, cosechando su primer triunfo internacional con el mínimo apretón de manos entre el presidente del Gobierno de Israel, Isaac Rabin, y el presidente de la OLP, Yasser Arafat.

La rutilante ceremonia era, sin embargo, tan sólo el comienzo del camino. Inmediatamente debían abrirse negociaciones para concretar las condiciones del establecimiento del mini-Estado palestino. Las delegaciones se reunieron inicialmente en El Cairo y después en la ciudad-balneario de Taba, en el noreste de la península del Sinaí. Apenas transcurridas las dos primeras semanas de negociaciones se llegó a las cuatro cuestiones que constituirían el nudo gordiano del problema:

a) La extensión de la ciudad de Jericó, que los judíos limitaban al perímetro del casco urbano, esto es, apenas 30 kilómetros cuadrados y que los palestinos deseaban abarcara a toda la región, con una superficie de unos 300 kilómetros cuadrados.

b) El control policial de las colonias judías establecidas en esos enclaves palestinos. La OLP pretendía, primero, que la policía israelí se mantuviera dentro de ellas y, a medio plazo, que los judíos levantaran los asentamientos. Tel Aviv, por el contrario, no mostraba interés alguno en retirar los asentamientos agrícolas y pretendía que el control militar-policial se hiciera desde fuera de su perímetro.

c) El control de las carreteras interiores que comunican el resto de Israel con esos enclaves. Israel proponía sostener el control absoluto, mientras que los palestinos deseaban compartirlo para no convertirse en guetos cuyos accesos estuvieran absolutamente en manos israelíes.

d) El control de las fronteras de Jericó con Jordania y de Gaza con Egipto. Pretendían los palestinos tenerlo en sus manos, para ostentar alguna soberanía y no ser meros enclaustrados en esos reducidos territorios. Por el contrario, los judíos no querían ceder el control alegando que por esas fronteras podían colarse en Israel cuantos terroristas se lo propusieran.

Como no hubiese forma de llegar a un acuerdo, las negociaciones se dilataron, so-

brepasando el 13 de diciembre, la fecha convenida para cerrar la primera fase de la negociación. Rabin y Arafat se entrevistaron para mantener los acuerdos aunque las negociaciones no estuvieran cerradas; Simon Peres, ministro de Asuntos Exteriores de Israel, se entrevistaba tres veces con Arafat y sostenía con él maratonianas sesiones negociadoras... todo inútil. Israel estaba dispuesto a conceder mucho menos de lo que el mundo entero había esperado.

El parto de los montes

Esta situación comenzaba a hacer dificilísimo el cumplimiento de los acuerdos, que deberían estar totalmente cerrados el 13 de abril, según se había establecido en Washington. Esos cinco meses de negociaciones baldías habían envalentonado a los enemigos de los acuerdos, tanto entre los israelíes —fundamentalmente los colonos de los asentamientos de Cisjordania y Gaza, que veían peligrar su situación— como entre los palestinos más radicales: los integristas religiosos de Hamas, los de Yihad Islámica y las organizaciones de izquierdas —el FPLP y el FPDLP, establecidos en Siria—, que consideraban una humillante claudicación lo negociado por la OLP. Unos y otros trataron de soliviantar a sus respectivas opiniones públicas contra los acuerdos, y todos se lanzaron a una carrera terrorista que en esos cinco meses produjo más de un centenar de muertos y triple número de heridos, llevando —como siempre— los palestinos la peor parte en una proporción de dos a uno.

Se imponía lograr algún progreso, pues el estancamiento de las negociaciones ponía en peligro los acuerdos para el establecimiento de ese embrión de autonomía palestina. Con las presiones de Estados Unidos y la intensa mediación egipcia, se reunieron las comisiones israelí y palestina en El Cairo el 7 de febrero, conjurándose a no abandonar la capital egipcia sin alcanzar algún acuerdo. Para que la negociación no se demorase en centenares de consultas a distancia, se personaron en El Cairo el ministro israelí de Asuntos Exteriores, Simon Peres, y el presidente de la OLP, Yasser Arafat.

Finalmente, en la noche del 9 de febrero, tras cuarenta y ocho horas de intensas discusiones, Peres y Arafat estrecharon sus manos y firmaron el acuerdo. Era, realmente, el parto de los montes. En resumen, esto: a) los judíos se reservaban la seguridad de sus asentamientos y el control de las carreteras que conducían a ellos; b) los palestinos se hacían cargo de la seguridad de Gaza y Jericó, compartiendo en algunos casos esta responsabilidad con los israelíes; c) en las fronteras con Jordania y Egipto se habilitarían dos pasos, uno bajo control palestino, para los ciudadanos de esta nacionalidad residentes en Jericó y Gaza, y otro, con policía israelí, para los viajeros judíos y de otras nacionalidades cuyo destino fuera Jericó o Gaza, que luego siguieran camino de Israel o de los territorios ocupados; d) control judío de sus sinagogas y conjunto con los palestinos de la seguridad a la entrada de algunas mezquitas; e) la extensión de Jericó, aunque quedaba para una posterior discusión entre Rabin y Arafat, era limitada a menos de 50 kilómetros cuadrados.

Evidentemente, las concesiones judías eran tan escasas que ni siquiera la OLP podía esgrimir ese acuerdo como un triunfo. Dentro del panorama histórico del conflicto de Oriente Medio, sin embargo, sí podía considerarse un avance: tras medio siglo de guerra, de odio, miedo y sangre, durante el cual la única comunicación fueron las acciones terroristas de unos y los contragolpes igualmente terroristas de otros, palestinos y judíos negociaban. Debatían el problema en planos desiguales pero, al menos, hablaban entre sí.

Ramadán sangriento

Al día siguiente de la firma de los minúsculos acuerdos comenzó el noveno mes del año musulmán, el Ramadán de 1994: mes de penitencia, del gran ayuno, que dura todas las horas de luz y que sólo se rompe al caer la tarde y hasta que la madrugada del nuevo día permite *distinguir un hilo blanco de uno negro*. Para los negociadores judeopalestinos no hubo, sin embargo, tregua. El lunes 14 de febrero volvieron a reunirse en Taba, tratando de atar bien los cabos de lo acordado.

Otras gentes, por el contrario, estaban dispuestas a ahogar en un baño de sangre lo firmado en Washington. Tal era el caso del médico judío Baruch Goldstein, nacido en Brooklyn, Nueva York, emigrado a Israel y establecido en uno de los asentamientos

agrícolas israelíes de los territorios ocupados, cerca de Hebrón. En la madrugada del viernes 25 de febrero, armado con un fusil de asalto, penetró en la mezquita de esta localidad, donde aproximadamente a las 5.30 horas unos 700 musulmanes se encontraban para la oración del alba —*al-fagre*—. Cuando estaban en la primera postración, el asaltante disparó su arma automática; agotado el primer cargador, sonaron las explosiones de dos o tres granadas y, nuevamente, el fusil de asalto volvió a disparar... Fue un cuarto de hora espantoso, con los musulmanes gritando enloquecidos por el terror y buscando desesperadamente la salida, mientras Baruch Goldstein los acribillaba sin piedad. Los detalles se desconocían al cierre de este Cuaderno: ¿cómo se le permitió entrar allí y por qué no intervinieron los soldados que custodiaban el edificio? ¿Estaba solo o intervinieron más asesinos? Sin embargo, se conoce lo esencial: entre 30 y 50 palestinos murieron en la mezquita y 200 resultaron heridos.

Las negociaciones de Taba se suspendieron; las conversaciones árabe-israelíes de Nueva York se paralizaron; en todos los territorios ocupados se clamaba venganza y las manifestaciones recorrieron las poblaciones palestinas, sufriendo docenas de muertos y centenares de heridos a manos del Ejército, la policía y los colonos judíos. Entre los palestinos se comenzó a gritar contra los acuerdos; las encuestas daban un 65 por 100 de opiniones contrarias. La OLP y su presidente, Yasser Arafat, quedaron aislados y hubieron de adoptar una línea más dura para tratar de sobrevivir y propusieron los siguientes puntos: a) el desarme de todos los colonos; b) su salida de los asentamientos de Jericó y Gaza de forma inmediata y, progresivamente, de toda Cisjordania; c) solicitaron a las Naciones Unidas el envío de fuerzas internacionales que salvaguardaran la seguridad de los palestinos... En fin, la utopía.

El Gobierno de Isaac Rabin, lamentando lo ocurrido, se limitó a desarmar a un centenar de colonos distinguidos por su fanatismo y accedió a la presencia de observadores internacionales desarmados. El Gobierno de Tel Aviv también tenía las manos atadas: su opinión pública, que en septiembre estuvo a favor de la negociación, reaccionaba con miedo y se oponía ahora mayoritariamente al desarme de los colonos y al abandono de los establecimientos agrícolas. La negociación quedaba paralizada. Se reanudaría en El Cairo un mes más tarde pero, pese a las muchas esperanzas nuevamente suscitadas, los acuerdos no terminaban de llegar. Sin embargo, al cierre de estas líneas, algo ya era seguro: no se cumpliría la fecha del 13 de abril comprometida en Washington. Ese día aún continuaban en Gaza y Jericó los soldados israelíes.

B I B L I O G R A F I A

Ayape, F.: *Israel, crónica de una ocupación,* Madrid, Realidades, 1984.

Ayape, F.: (bajo el seudónimo de Juan Larra), *Víctimas de ayer, verdugos de hoy,* Madrid, Fundamentos, 1980.

Ben Ami, S., y Medin, Z.: *Historia del Estado de Israel,* Madrid, Rialp, 1991.

Bishuti, B.: *Terrorismo, factor principal en la creación del Estado de Israel,* Madrid, 1973.

Cobban, H.: *La Organización para la Liberación de Palestina,* México, FCE, 1989.

Copeland, M.: *El juego de las naciones,* Barcelona, Plaza y Janés, 1972.

Dayan, M.: *Autobiografía,* Barcelona, Grijalbo, 1978.

Derogy, J., y Gurgand, J. N.: *Israel, la muerte enfrente,* Madrid, Ediciones AQ, 1976.

Favret, R.: *Arafat, un destino para un pueblo,* Madrid, Espasa Calpe, 1991.

Giménez, D., *Talión,* Barcelona, Plaza y Janés, 1973.

Lacouture, J., *Nasser,* Barcelona, Dopesa, 1972.

Leguineche, M., y Solar, D.: *Los palestinos atacan,* Madrid, Felmar, 1975.

Martínez Carreras, J. U.: *El mundo árabe e Israel,* Madrid, Istmo, 1991.

Meir, G.: *Mi vida,* Barcelona, Plaza y Janés, 1976.

Mesa, R., *Palestina,* Madrid, Realidades, 1983.

Russell, R. y Samoilovich, D.: *El conflicto árabe-israelí,* vol. I y II, Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1980.

Sdikin, M., *Golda Meir,* Barcelona, Dopesa, 1972.

Solar, D.: *El conflicto de Oriente Medio,* Madrid, RTVE, 1975.

Trabulsi-Rodinson, *La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí,* Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1970.

Vance, V., y Lauer, P.: *Hussein de Jordania: mi guerra con Israel,* Madrid, Ibérico-Europea de Ediciones, 1969.

Vergés, J. M.: *Los Fedayin,* Barcelona, Anagrama, 1970.

Informaciones de la prensa diaria.

CUIDA el Ozono

